

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / AGOSTO DE 1979

SUMARIO

El futuro de los ferrocarriles internacionales de Sudamérica. Un enfoque histórico <i>Robert T. Brown</i>	7
La estrategia de las necesidades básicas como alternativa. Sus posibilidades en el contexto latinoamericano <i>Jorge Graciarena</i>	41
El proceso de modernización de la agricultura latinoamericana <i>Gerson Gomes y Antonio Pérez</i>	57
Planes versus planificación en la experiencia latinoamericana <i>Carlos A. de Mattos</i>	79
La economía brasileña: los caminos hacia los años ochenta <i>Pedro Sampaio Malán</i>	97
El proteccionismo contemporáneo y las exportaciones de los países en desarrollo <i>Gary P. Sampson</i>	109
Política económica: ¿ciencia o ideología? (Segunda parte) <i>Carlos Lessa</i>	127
Algunas publicaciones de la CEPAL	155

Política económica: ¿ciencia o ideología?

(Segunda parte)

Carlos Lessa*

Las dos partes de este artículo —la primera publicada en el N.º 7— constituyen un intento sistemático por presentar y analizar de manera crítica los enfoques más importantes de la 'ciencia económica oficial' en relación a la teoría de la política económica; la primera de ellas estuvo dedicada al de L. Robbins, mientras que ésta procura delinear los fundamentos de la 'economía del bienestar' y los criterios neoclásicos más recientes vinculados a la construcción de modelos econométricos.

El autor sostiene que las diversas perspectivas adoptadas por el pensamiento neoclásico representan intentos por superar la incompatibilidad que existe entre los dos principales objetivos que trata de alcanzar: por una parte, construir una teoría científica, universal y ahistórica para justificar el *statu quo*; y, por otra, entender el mundo real y sus cambios a fin de poder brindar a los intereses dominantes los medios operativos que les permitan enfrentar con eficacia los problemas político-económicos.

Los enfoques de la 'economía del bienestar' y de la 'caja negra' de modelos econométricos constituyen alternativas teóricas y prácticas claramente diferentes, aunque, dentro de ellas, también hay puntos de vista divergentes. El autor explora en detalle ambas alternativas y sus variaciones, y subraya también sus semejanzas que derivan de su común origen neoclásico y se manifiestan sobre todo en sus concepciones sobre la naturaleza del Estado y la sociedad, y los papeles que éstos deben desempeñar en la política económica.

*Ex funcionario del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social de la CEPAL y actual profesor de la Universidad de Campinas (Brasil).

IV

La economía del bienestar o la prueba de un minimax conocimiento/esfuerzo

"La fantasía nunca arrastra a la locura; lo que arrastra a la locura es precisamente la razón. Los poetas no se vuelven locos, pero sí los jugadores de ajedrez. Los matemáticos enloquecen, lo mismo que los tenedores de libros; pero es muy raro que enloquezcan los artistas creadores."

(G.K. Chesterton)*

Cuando utilizamos, a comienzos de este estudio, la imagen de una selva tropical en la cual se interna un viajero incauto, tenemos presente que la selva tropical es, además de heterogénea, de distinta densidad. Ahora entramos en su zona más densa, donde la masa vegetal no deja vislumbrar ningún rayo de luz, y los bejucos y las enredaderas pueden enmarañar e inmovilizar al viajero. El bienestar es una selva formal; es la hipertrofia del discurso sin contenido. Es preciso ser un explorador muy experimentado para no perder el aliento en este trecho del bosque. La poca experiencia puede llevar a la muerte intelectual. Como no estoy, creo, en ninguna de esas situaciones, intentaré, con la prudencia nacida de anteriores intentos, no escudriñar demasiado en esta zona tenebrosa. Esta sección debe entenderse como una señalización de advertencia, y no como un mapa para recorrer este trecho de la selva.

Este trecho del bosque comenzó a ser plantado por el utilitarismo de Bentham, lo que muestra la antigüedad de esta formación forestal.¹ Robbins sitúa con precisión esta perspectiva inicial, al decir que "una teoría de

*Del capítulo II, "El maniaco", de *Ortodoxia*, trad. de Alfonso Reyes, Madrid, Casa Editorial Calleja, 1917, p. 26.

¹Robbins considera a Bentham como integrante del conjunto denominado 'economistas clásicos ingleses'. A nuestro juicio, Bentham es más bien un precursor del neoclasicismo, puesto que postuló la construcción de una ciencia del hombre fundada en el cálculo de la utilidad. Véase H. Denis, *Historia del pensamiento económico*, Ed. Ariel, Barcelona, 1970, pp. 184-187.

la política económica, en el sentido de un cuerpo de preceptos para la acción, debe tomar su criterio último fuera de la economía. Este criterio lo hallaron los economistas clásicos ingleses en el principio de utilidad, el principio de que el test de la política ha de ser su efecto sobre la felicidad humana. Toda acción, todas las leyes e instituciones habían de juzgarse por este test. Si sus consecuencias eran tales que promovían una mayor felicidad (o eliminaban mayor infortunio) que lo que cabía esperar de otras acciones, leyes o instituciones, aquéllas eran buenas; en caso contrario, eran malas".² En la fase de miel sobre hojuelas, de luna de miel consigo mismo, que atravesó el capitalismo durante la primera mitad del siglo XIX, el utilitarismo, con su maniqueísmo elemental, fue manejado para demostrar que la 'mano invisible', garantizada por el Estado- 'gendarme', aseguraría un óptimo para cada uno, y por agregación, para todos. El neoclasicismo, tranquilo consigo mismo, despreocupado con la felicidad agregada, podría construir el análisis microeconómico de modo que cada uno de los consumidores, productores y propietarios de factores pudiesen disponer del perfecto consejo para encontrar su óptimo particular en un sistema de perfecta competencia.

El doloroso espectáculo de la industrialización, los dramas sociales que inspiraron con tanta fuerza la literatura del siglo pasado, que sugirieron posturas asistenciales, que provocaron las formulaciones utópicas de tantos pensadores reformistas en el supuesto que fuera posible una respuesta afirmativa al milenario llamado a la buena voluntad humana, no llevaron a la 'ciencia oficial' a abandonar la hipótesis del valor de utilidad. Sin embargo, una vez pasada la fase color de rosa, la marcha posterior del capitalismo, con la concentración industrial, la radicalización del nacionalismo, las intervenciones en el mercado, los ciclos cada vez más acentuados de prosperidad y de depresión, las guerras, las crecientes tensiones sociales y un movimiento sindical cada vez más poderoso y expansivo, capaz de cuestionar

y de articularse con movimientos políticos, fueron dejando su huella en el pensamiento neoclásico. Las marcas y 'ajustes' en el cuerpo del neoclasicismo pueden, en mi opinión, clasificarse dentro de dos tipos generales de respuestas.

El primero, 'científico' por excelencia, consiste en reajustar el cuerpo teórico positivo, haciéndolo más riguroso. Cuando la historia lo empuja, el pensador neoclásico realiza una interrogación en el interior de su ciencia. Esta operación de 'autointernalización', de 'entrar en su cascarón', sinceramente preocupada por eliminar imprecisiones, crea, a su vez, nuevos 'estados de tranquilidad científica'. Luego, en la misma medida en que se acelera la historia: revoluciones sociales, mayor desarrollo del proceso de acumulación, formas complejas que exceden los límites del mercado y de la nación, Estado interventor omnipresente, toma de conciencia del subdesarrollo, descolonización, etc., ésta continúa empujando, y el pensador se vuelve todavía más hacia adentro, para interrogar su 'ciencia'.

Al rechazar la historia como proceso dotado de su propia lógica interna, capta apenas las manifestaciones externas del movimiento; se alimenta solamente de la historia ideográfica. Su registro muestra un sistema cada vez más alejado del arquetipo ideal que construyó en épocas tranquilas a guisa de apología del sistema. Esto, como es natural, lo intranquiliza. Plantea y vuelve a plantear preguntas, nerviosamente, a la 'ciencia'. Como mantiene su ideal de una ciencia positiva, la indagación, que por una parte va disipando ingenuidades, va creando por otra ingenuidades nuevas. Al creciente alejamiento del sistema de las premisas de la primera apología ideal corresponde un esfuerzo cada vez más complejo por mantener un mínimo de relación entre la apologética y lo concreto, captado según apariencias cada vez más alteradas. El esfuerzo da como resultado un proceso ascendente de irrealismo. Los instrumentos lógicos se hacen cada vez más complejos, se buscan modelos analógicos en el desarrollo de otras ciencias, se requieren modismos matemáticos de creciente complejidad. Esta dialéctica, como tendremos oportunidad de ver, lleva al pensamiento neoclásico a niveles espantosos de irrealidad.

²L. Robbins, *Teoría de política económica*, op. cit., p. 170.

El segundo tipo de respuesta consiste en delimitar un 'territorio' y determinar en qué condiciones se maneja la ciencia positiva; sin embargo, consciente de la irrealidad de las conclusiones obtenidas en este nivel, el pensador busca un 'insumo' de la realidad o entrega un 'producto' de la ciencia para la realidad. El 'insumo' puede ser un mero *collage* (enfoque interdisciplinario), o puede ser del tipo 'ése es un territorio de juicios de valor'; el producto normalmente es del tipo reformista: corrijamos la realidad para que se comporte 'científicamente', pues estamos científicamente convencidos de que lo real está errado. Algunos pensadores combinan 'insumo' y 'producto' y entremezclan respuestas del primer tipo con respuestas del segundo.

Finalmente, algunos confiesan, con mucha honestidad, su incapacidad de dar una respuesta coherente, de 'iluminar' la realidad con su ciencia, lo que puede también destacarse con respuestas del tipo general 'de simpática modestia positiva': la ciencia económica es todavía embrionaria. ('Lavarse las manos' constituye una fórmula saludable.) En vez de alarmarse por la corta vigencia de sus respuestas, el científico saludable ve en ello un indicador de que va 'por aproximaciones sucesivas' del error a la verdad, o, más rebuscadamente, pretende hacer de la 'ciencia oficial' un instrumento para 'buscar la verdad'.

Al entrecruzamiento de esta espantosa dialéctica asociamos la zona de mayor densidad de la selva tropical, y, a pesar de la escalada de irrealismo, de la esterilidad y de los frecuentes momentos de desvarío y de dolor epistemológico, creemos que la selva seguirá creciendo; la historia no se detiene. La primera lectura neoclásica del pensamiento clásico liberal veía en la armonía entre el interés personal y el colectivo, alcanzado en un sistema de perfecta competencia mediante la búsqueda del máximo beneficio individual, la explicación de la identidad entre riqueza y bienestar. El hedonismo como ética afianzaba esta conclusión.

Sin embargo, el neoclasicismo, que sentaba sus fundamentos éticos en el hedonismo, enfrentaba en su discurso un serio problema. La industrialización había creado ya, a fines del siglo XIX, un poderoso movimiento sindical, íntimamente articulado con procesos políticos

de distinto grado de radicalización en su relación con el sistema social. A través de la legislación social, de diversas alteraciones en las leyes del trabajo, etc., la fuerza laboral cuestionaba objetivamente la perfección de una distribución de ingresos fundada en el libre juego de las fuerzas de mercado. Objetivamente, esta fuerza cuestionaba el hedonismo como filosofía ética, y el neoclasicismo debía realizar una 'operación-caracol' para desligarse de una defensa intransigente de la distribución de ingresos ratificadas únicamente por el libre juego de las fuerzas de mercado. En la medida en que el hedonismo transformaba en una sola cosa la perfectibilidad del sistema de libre competencia y la distribución, el neoclasicismo, dentro de los límites de su discurso, no tenía cómo conciliar una defensa intransigente de la libre competencia con la admisión de una cierta redistribución parcial de los ingresos. Necesitaba crear, en el plano del discurso, una cierta disociación entre los dos conceptos —libre competencia y distribución personal de los ingresos—, de manera que pudiese defender lo primero y admitir, sin incoherencia en el argumento, una cierta corrección en lo segundo. Esta operación era indispensable para evitar el descrédito de todo el edificio.

Otro vector convergía hacia este problema. La expansión del Estado y la ampliación, más que proporcional, del gasto público —ya sea para atender gastos militares, una más compleja administración pública, o algunos incipientes programas sociales— creaba un problema de fuentes tributarias. La escuela financiera italiana había buscado afanosa y tediosamente, durante el siglo XIX, una modalidad impositiva que cumpliera con los requisitos ideales de la doctrina del impuesto neutro. Esta doctrina es la proposición tributaria adecuada para el libre juego de las fuerzas de mercado; si aceptamos la perfectibilidad del mecanismo, las modalidades tributarias destinadas a financiar los modestos gastos que la doctrina autoriza al Estado deben ser de tal naturaleza que no afecten el mecanismo perfecto, ni tampoco hieran la doctrina hedonista. Los financistas italianos buscaban —como Diógenes su hombre sin maldad— un impuesto neutro, sin encontrarlo; sin embargo, las modalidades tributarias directas les parecían más 'neutras', en

relación con los mecanismos de mercado, que las modalidades indirectas de tributación. En el plano histórico concreto, los Estados tendían a multiplicar formas tributarias directas y a evolucionar hacia un impuesto progresivo al ingreso de los individuos. Junto con la expansión de los gastos sociales, esta evolución podía considerarse como una intervención fiscal sobre la distribución personal del ingreso.

La cuestión aquí esbozada se encuentra en la génesis de la economía del bienestar. En su definición del objetivo de la ciencia económica, y alimentado de antiguas referencias, Marshall destaca su "preocupación por maximizar el bienestar social". En su clásica definición, Marshall expuso así el objetivo de la ciencia. Lo animaba una gran esperanza: que una ciencia con este objetivo pudiese definir un ideal de política económica aceptable para todos, en suma, pacificador, pues llevaría el sello de la ciencia positiva. Las cuestiones sociales emergentes, la clamorosa denuncia de los problemas sociales derivados de la industrialización y el cuestionamiento de las bases del sistema podrían (según esta esperanza) ser 'enfrentados' por la ciencia positiva. Esta debería indicar y esclarecer, mediante procedimientos científicos, la 'maximización del bienestar social'. (La ciencia económica indicaría los fines y los medios.) Estamos, pues, entrando en una reducción de la Economía Política a la Teoría de la Política Económica.

Es cierto que la búsqueda del interés personal de cada uno, en una economía organizada en condiciones de perfecta competencia en cada uno de sus mercados, lleva a la óptima asignación y utilización de los factores de producción. Desde el punto de vista de la riqueza está garantizada una buena solución global; sin embargo, ¿cómo se relacionan la riqueza y el bienestar? Esta pregunta tenía para Marshall una respuesta inmediata: el bienestar colectivo es el resultado agregado de los bienestar individuales y se obtiene con la maximización del ingreso nacional.³ Esta, a su vez, depende de la perfecta asignación y utili-

zación de los factores, o sea, del mantenimiento de condiciones de perfecta competencia en los diversos mercados. Curiosa respuesta, por ser de Marshall, simpatizante del fabianismo.

Este movimiento inglés incluye en su ideario un programa progresista de reformas sociales —en un marco democrático— entre las cuales figura una creciente intervención estatal destinada a corregir la desigualdad de la distribución personal del ingreso. Sin embargo, la inercia del pensamiento 'científico' conservador fue tan grande que Marshall —en flagrante conflicto con sus simpatías fabianas— repitió la vieja respuesta del liberalismo químicamente puro, manteniéndose fiel en el plano de la ciencia a la antigua visión de color de rosa. Su fabianismo no la borró.

La respuesta marshalliana, a pesar de intentar ser pacificadora, crea una gran confusión. Admitir la utilidad agregada como categoría que debe maximizarse permite dos planteamientos distintos en el plano de la 'racionalidad', ilustrados ambos por las respuestas-tipo enunciados en párrafos anteriores.

Una consecuencia del primer tipo de respuesta: el bienestar agregado es la suma de los bienestar individuales. La maximización del dividendo nacional —criterio marshalliano— no garantiza la maximización del bienestar, en la medida en que las rentas individuales sean diferenciadas. Si las utilidades marginales son comparables, el punto de máximo bienestar debe coincidir con una determinada distribución de los ingresos: se plantea pues el problema de la distribución entre personas. Esa fue la pregunta de Pigou, en 1920, en *The Economics of Welfare*. ¿Cuál es la distribución adecuada? Es fácil: mientras más igualitaria sea la distribución del ingreso, mayor será el nivel de bienestar. Si se aplica la hipótesis de la utilidad marginal decreciente del ingreso monetario, la utilidad social agregada aumentaría por la transferencia del ingreso de las capas ricas a las menos acomodadas. La respuesta de Pigou resuelve dos de los problemas del discurso neoclásico:

a) preserva, en el plano del discurso, la perfectibilidad del mecanismo de precios, puesto que los mercados estarían en condiciones de competencia perfecta. Este mecanismo es perfecto para la asignación y utilización

³Marshall se refiere al dividendo nacional. En el plano político-económico, creía que el juego de impuestos indirectos y de subsidios podría fomentar la utilidad agregada.

frente a cualquier distribución dada de ingresos entre las personas;

b) integra en el mismo discurso el papel del Estado redistributivo, que podría basar su carga impositiva en impuestos directos y progresivos, así como realizar gastos sociales que beneficiarían a las capas más pobres de la sociedad.

Hobson plantea una consecuencia del segundo tipo de respuesta, la más 'radical': existe un concepto superior al de bienestar económico, y es el de bienestar humano. Hay consumos que degradan al hombre, hay trabajos que empobrecen el espíritu y humillan a la persona humana. "La ética no es jamás una intrusa en los hechos económicos: los mismos hechos son al mismo tiempo económicos y éticos."⁴ Hobson, partiendo de las categorías neoclásicas, planteó románticamente la exigencia del sistema: observar una cierta ética de respeto y preservación de la dignidad de la persona humana. El resultado fue la propuesta de reformas sociales de carácter más radical.

Por inusitados caminos, dos neoclásicos, explorando la función de bienestar de Marshall, se irritan —en el plano de sus respectivos discursos— con el programa liberal. Convengamos en que ni la distribución igualitaria del ingreso ni la ética de preservación del hombre en el consumo y en el trabajo constituyen metas del sistema que inspiró la ciencia 'neoclásica'.

El *impasse* creado por la pregunta de Marshall y el 'malestar' derivado de las respuestas 'científicas' obtenidas llevó al neoclasicismo por dos caminos distintos de reflexión. Ambos suponen la imposibilidad de medir la utilidad y la absoluta ausencia de significado económico en la comparabilidad interpersonal de utilidad. La primera solución es la formalización de Robbins, ya conocida por nosotros, la cual, reduciendo la economía al terreno de la práctica, sitúa toda investigación acerca de los fines en un ámbito ajeno al de la economía. (Tuvimos ya oportunidad de apreciar algunas consecuencias de esta posición.) La segunda

vía de solución consistió en una exploración a fondo del planteamiento de Edgeworth y Pareto acerca de la imposibilidad de la comparación interpersonal de utilidades, cuya proposición mayor da como resultado la ausencia de un criterio endógeno que permita afirmar si la utilidad de la enésima unidad de ingreso de un individuo rico es mayor, menor o igual que la enésima unidad de ingresos de un individuo pobre. Este planteamiento, que en su postulado inicial constituye un himno a la subjetividad individual, abre camino al festival neoclásico conocido como 'nueva economía del bienestar'.

La solución de Robbins sirve de apoyo a una hipertrofia de soluciones meramente formales y propone una ética muy atractiva para la tecnocracia. Sin embargo, para la ciencia positiva presentaba un gran defecto: el de apoyarse en un método deductivo formal. Para los espíritus positivos, la segunda ruta de Pareto parecía mucho más 'científica'; y por esta vía se encauzó el pensamiento neoclásico moderno, con consecuencias curiosísimas, como veremos más adelante. Continuaba planteada una cuestión grave: si es posible, dentro de los límites de la ciencia, indicar un procedimiento de maximización para el sistema económico. Los barbas blancas se resisten a renunciar al 'poder espiritual' y quedar sólo como sirvientes del 'poder temporal'.

El punto de partida de este interesante debate se encuentra en el modelo de equilibrio general de Pareto, presentado en 1906, en su *Manual d'Economie Politique*. Se trata, en líneas generales, del modelo walrasiano con la hipótesis ordinal de preferencias. Pareto formuló un criterio de óptimo: "una configuración constituida por un conjunto de magnitudes no comparables se llama máxima cuando no es posible aumentar una de estas magnitudes sin disminuir otra"⁵ En el plano de la familia, el criterio de Pareto se caracterizaría por el hecho de que, obtenida la máxima satisfacción económica o deseabilidad de una canasta de bienes, ésta no puede alcanzar un nivel más elevado de abastecimiento o de aprovisionamiento sin que otra economía familiar baje a un nivel de aprovisionamiento inferior. Se demuestra que

⁴J. Hobson, *Social Problem*, p. 69, citado por E. James, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, trad. de Enrique González Pedrero y Julieta Campos de González Pedrero, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 142.

⁵C. Napoleoni, *op. cit.*, p. 39.

existen infinitas configuraciones paretianas óptimas. Esta conclusión nada tiene de sorprendente, dado el cuestionamiento de la comparabilidad interpersonal de utilidades de la escuela de Cambridge.

"Respecto del sistema económico en conjunto, las configuraciones óptimas referidas al mismo tiempo a la producción y al consumo, son aquellas (naturalmente en número infinito) en las cuales tiene lugar una distribución óptima entre los diversos sujetos de la cantidad de bienes pertenecientes a configuraciones eficientes."⁶ Los óptimos paretianos coinciden con los resultados alcanzados por el sistema de mercado en condiciones de perfecta competencia: "Conocer cuál de las configuraciones óptimas se obtiene por la competencia depende de una sola circunstancia: de la distribución inicial de los recursos productivos y, si no se realizan actos políticos de redistribución, por la distribución final de las rentas entre todos los sujetos económicos ... el criterio de Pareto no sirve para comparar entre dos situaciones, las dos óptimas".⁷

La determinación de la satisfacción económica óptima, planteando la condición necesaria en el plano de la asignación de los factores para una determinada distribución de los ingresos, admite infinitos óptimos. Con este criterio estaría superado el incómodo problema de la distribución del ingreso; cualquiera es óptima. El óptimo de Pareto resulta óptimo como argumento conservador.

El criterio de óptimo de Pareto es el más conservador posible, puesto que privilegia solamente la imposibilidad de aumentar la producción de un bien mediante la reasignación de factores productivos sin disminuir la producción de otro bien. Sin embargo, ¿no podría perfeccionarse este criterio?

Hotteling considera que una medida político-económica aumenta la riqueza si favorece a un sujeto económico sin perjudicar la riqueza de otro.⁸

Kaldor, planteando aquella pregunta, res-

ponde que es plenamente justificable una medida político-económica (redistributiva o de otra naturaleza) en la cual las ganancias del grupo beneficiado superen el monto de las pérdidas del grupo perjudicado, siempre que se adopte el principio de la compensación (indemnización de perjuicios).⁹ Hicks considera que el criterio es correcto, incluso si no se considera el principio de compensación.¹⁰ Scitovsky critica el principio de compensación 'porque' reposa, implícita, aunque gratuitamente, en un juicio de valor y en la idea de que los perdedores son socialmente más interesantes, y que la situación anterior era digna de ser mantenida.^{11, 12} Además, Scitovsky muestra que el principio de compensación puede aumentar la desigualdad en la distribución del ingreso. Si la medida político-económica beneficia a un estrato superior, éste estará en situación de 'sobornar' al grupo de nivel inferior de rentas. Como medida de la atmósfera de irrealismo en la que se desarrolla la discusión, Scitovsky admite un criterio complementario: impedir ese tipo de 'soborno'. Ello no impide a Napoleoni considerar que "la importancia del criterio Kaldor-Hicks es evidentemente destacable, porque amplía muchísimo la esfera de los actos de política económica sobre los cuales es posible expresar un juicio objetivo y no de valor."¹³ Literalmente, el criterio Kaldor-Hicks abre la construcción neoclásica a todo tipo de intervención, cualquiera que sea, siempre que se opere a través del mercado de la competencia perfecta. Sin embargo, se trataría de una violación 'científicamente' admitida, y la honra de la ciencia estará a salvo. El consentir en la intervención, si se hace por medio del mercado, fundamenta la idea de que los instrumentos

bienestar, selección de Kenneth J. Arrow y Tibor Scitovsky, trad. de Eduardo L. Suárez y Manuel Sánchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

⁹N. Kaldor, "Welfare Propositions of Economics and Interpersonal Comparisons of Utility", en Londres, *Economic Journal*, vol. XLIX, septiembre de 1939.

¹⁰J. R. Hicks, "The Foundations of Welfare Economics", en *Economic Journal*, vol. XLIX, diciembre de 1939.

¹¹Véase T. Scitovsky, "The State of Welfare Economics", en *The American Economic Review*, Menasha, Wisc., vol. XLI, junio 1951, N.º 3.

¹²E. James, *op. cit.*, p. 563.

¹³C. Napoleoni, *op. cit.*, p. 42.

⁶*Ibidem*, p. 40.

⁷*Ibidem*, p. 40.

⁸H. Hotteling, "El bienestar general en relación con los problemas de tributación y de fijación de las tarifas de ferrocarriles y servicios públicos", en *La economía del*

de política económica de acción indirecta (de acción inducida) son instrumentos 'científicamente' permitidos.

En este punto se llega a un curioso equilibrio: por la línea Marshall-Pigou se llega al 'curioso' ideal de una repartición igualitaria de los ingresos; por la línea Pareto-Kaldor-Hicks se admite, elegantemente, la intervención. Sin duda alguna, irónicos resultados de un cuerpo científico de defensa del *statu quo*, que de hecho apenas hace la defensa de algo históricamente superado: 'el sistema de competencia perfecta'.

Del mismo modo que el 'antiguo régimen' de la utilidad cardinal fue 'reventado' por el mismo discurso neoclásico, el castillo de naipes del 'nuevo régimen' apoyado en el principio ordinal (desarrollado con elegancia por la teoría del consumidor de Hicks) encontró oposición dentro de los límites de la propia 'ciencia oficial'.

Según propone Hicks en *Valor y capital*, la teoría del consumidor sería estática, operaría con bienes homogéneos y adoptaría las hipótesis de selección entre las infinitas combinaciones de bienes (omnisciencia del consumidor), coherencia (secuencia invariable de las elecciones preferidas), insaciabilidad (deseo continuado de los bienes); etc....¹⁴ Un pilar tan irreal sembró la duda en las huestes neoclásicas. Los consumidores tratan con bienes singulares; una gran parte de los bienes adquiridos es fija (vivienda, luz, transporte, etc.); la imagen del consumidor como un computador que cambia instantáneamente de un punto de equilibrio a otro resulta por lo menos extraña. ¿Qué hacer con la fuerza de la costumbre? ¿No es acaso la selección un problema que depende más del condicionamiento del consumidor que del cálculo? Las necesidades no son unidimensionales, están agrupadas por conjuntos de deseos de diferentes bienes, etc.... Esas y muchas otras 'pequeñas' objeciones al pilar no impidieron que el profesor Hicks publicara, en 1956, un nuevo texto, reiterando su construcción de 1939 con mayor elegancia formal.¹⁵ Y el intere-

sante debate continuó. La teoría del consumidor podía derivarse, para algunos, de la observación; para otros, entre ellos el profesor Hicks, asumía una posición introspectiva; sólo podía mirarse su interioridad teórica; se llegaba a la introspección en el vacío.

Seligman resume esta posición: Según Hicks, "debía empezarse con las hipótesis de preferencia para separar los efectos de los precios reales de la compleja matriz de fuerzas que influían sobre el comportamiento del consumidor. El objetivo consistía en observar las reacciones del consumidor cuando se tomaban en cuenta únicamente los precios y los ingresos. Ninguna otra cosa importaba, ni incluso era necesario demostrar la validez de las 'hipótesis de preferencia', puesto que su utilidad era completamente pragmática; únicamente interesaba la riqueza de las deducciones que proporcionaba. En consecuencia, la teoría de la demanda se convirtió en la aplicación económica de la teoría lógica de la ordenación".¹⁶

Sin embargo, el festival de la nueva economía del bienestar no había agotado sus posibilidades: es un espectáculo continuo. Entra en escena Samuelson, con la teoría de la preferencia revelada del consumidor, en la cual destaca el valor epistemológico de los datos observables. La teoría de los conjuntos proporciona los conceptos de ordenación débil y ordenación fuerte de puntos relacionados. Si se supone que el consumidor llega comprometido al mercado, con preferencias ya definidas (ordenación fuerte), todo lo que se necesita saber sobre su comportamiento en el mercado se encuentra ya disponible. (Una forma muy elegante de valorizar el tan querido nivel de apariencia del positivismo.) Si el consumidor mantiene su preferencia en el mercado, aun cuando el precio del bien suba o sea de antemano superior al de otros bienes, se dice, en los términos de Samuelson, que tiene una preferencia revelada. Samuelson, como americano bueno y leal, tenía que admitir esta revelación, que corresponde al comportamiento del consumidor co-

¹⁴J.R. Hicks, *Valor y capital*, trad. de Javier Márquez, México, Fondo de Cultura Económica, 2.^a ed., 1954.

¹⁵J.R. Hicks, *A Revision on Demand Theory*, Oxford

at the Clarendon Press, 1956. Hay versión española: *Revisión de la teoría de la demanda*, trad. de Gregorio P. Garayar, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

¹⁶B. Seligman, *op. cit.*, p. 497.

mo carnero en su rebaño: considerado antes un 'dictador', se transformó en 'objeto' de manipulación del consumo masivo y de las técnicas propagandísticas de seducción. Así, Samuelson veía en el enfoque de Hicks (el consumidor llega indiferente al mercado) una 'ordenación débil', a la cual contraponen el mayor 'realismo' de su 'ordenación fuerte'. (Muera la soberanía racional del consumidor.)

Esta proposición de Samuelson sólo constituye una pieza del edificio lógico-matemático de sus *Fundamentos*.¹⁷ La ambición principal de Samuelson consistía en unificar el cuerpo teórico tradicional del neoclasicismo con la máxima precisión lógico-matemática, mediante el uso de instrumentos matemáticos que permitiesen la verificación empírica de las proposiciones; en caso contrario, sería teoría por la teoría misma, y no tendría significado funcional. La tarea del economista sería demostrar, en la teoría general y en sus ramas especializadas (fiscal, de comercio exterior, etc....), la existencia de "...teoremas significativos y formalmente idénticos, derivados mediante métodos esencialmente análogos".¹⁸ Consideranse 'significativas' las proposiciones verificables, independientemente de su importancia o de su trivialidad.¹⁹ Las hipótesis fundamentales que están en la base de la teoría serían la descripción de un máximo y la determinación de las condiciones de estabilidad. Equilibrio significa un examen de un problema de maximización o de minimización; de este modo, el problema teórico no consiste sólo en determinar el máximo, sino también las condiciones secundarias para obtener el máximo.²⁰

Este enfoque de Samuelson frente a la economía del bienestar, es una tentativa de máxima objetividad científica. Para alcanzarla, echa mano de una serie de perfeccionamientos en las técnicas de cálculo matemático: programación lineal y no lineal, análisis de insumo-

producto, etc. Reconociendo la discreción de los hechos observables, puede utilizar el cálculo de diferencias finitas, etc.... Un máximo de revestimiento para reestucar el viejo edificio neoclásico.

Samuelson acepta pragmáticamente incorporar juicios de valor en la economía del bienestar, adoptando la posición de Bergson:²¹ "En contraste con los teóricos de la economía del bienestar anteriores, Bergson aceptó explícitamente los juicios de valor. Estos, según dijo, podían determinarse por una autoridad superior. Se podían desarrollar las curvas de indiferencia para establecer una función de bienestar con la que juzgar cualquier política económica que se propusiera".²² Mediante la función bergsoniana, los objetivos de política económica podrían medirse según una función del bienestar social; esta función debería reflejar el bienestar individual, el bienestar colectivo, y además evaluar la forma en que dicho bienestar se distribuye dentro de la sociedad. Con una función de este tipo, la ciencia apenas construye la teoría de la política económica, se resigna a intentar estimar en términos de bienestar las probables consecuencias de los actos de las autoridades. Esto suena muy objetivo y digno para Samuelson: un enfoque científico-pragmático. Con una de estas funciones es posible 'simular' políticas económicas. Para Samuelson "es un ejercicio de análisis económico indagar las consecuencias de los diversos juicios éticos, los compartan o no los teóricos".²³ En principio, cada individuo, en relación con la forma en que los criterios político-económicos afecten las variables de su función de bienestar, podrá votar en contra, a favor o en blanco (a esto se le llama pomposa-

¹⁷P.A. Samuelson, *Fundamentos del análisis económico*, trad. de Dr. Uros Bacic., Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1957.

¹⁸*Ibidem*, p. 3.

¹⁹Samuelson adoptó la posición llamada 'operacionista' del neopositivismo. El concepto de método debe ser puesto en claro en función de la serie de operaciones correspondientes.

²⁰B.B. Seligman, *op. cit.*, pp. 513-516.

²¹A. Bergson, "The Social Welfare Function", en *Readings in Economic Analysis*, Cambridge University Press, 1950, se reproduce el artículo pionero de 1938: "A Reformulation of Certain Aspects of Welfare Economics", publicado originalmente en *Quarterly Journal of Economics*, Cambridge, Mass., 1938. Véase la versión española en *La economía del bienestar*, selección de Kenneth J. Arrow y Tibor Scitovsky, trad. de Eduardo L. Suárez y Manuel Sánchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, pp. 16-38. El título en español del artículo es "Una nueva formulación de ciertos aspectos de la economía del bienestar".

²²B.B. Seligman, *op. cit.*, pp. 517-518.

²³P.A. Samuelson, *op. cit.*, p. 226.

mente método ordinal de valencia más alta, más baja e indiferente). Este camino Bergson-Samuelson converge hacia los famosos 'modelos de simulación' de política económica, "uno de los juguetes del economista en su sueño tecnocrático".

La selva es prácticamente impenetrable;^{24, 25} una vida entera no basta para despejarla. Blaug dice que "los economistas tienen horror al vacío teórico, tal como la naturaleza tiene horror al vacío físico; y en economía, como en las demás ciencias (obsesiva preocupación) sucede que las teorías son sustituidas por otras teorías mejores, aunque nunca es simplemente, porque los hechos sean contradictorios".²⁶ Parafraseando libremente, diríamos que los economistas neoclásicos tenían fascinación por el vacío, pues en ellos siempre es posible encontrar infinitas vaciedades.

Todo ello para esconder el valor de uso, prescindiendo del concepto de valor que, sin embargo, resurge continua y tozudamente en el discurso neoclásico, por más que se opere y se vuelva a operar con las hipótesis de mensurabilidad y comparabilidad interpersonal de la utilidad.

¿Cómo evalúan los economistas neoclásicos los resultados a los cuales llegaron con la 'selva' de la nueva economía del bienestar? ¿Creen que hubo un momento de gloria: la reducción de la Economía Política a la Teoría de la Política Económica? ¿Es capaz la ciencia económica, con los métodos que le son propios, de indicar fines exentos de cualquier contaminación axiológica, y también medios para alcanzarlos? ¿Dispone la ciencia económica, en un acto de Minerva, de un método general para iluminar lo político, retirándolo de un estado precientífico? ¿Logró la nueva economía del bienestar construir la política económica como una ciencia de preceptos para "una dirección y

un desarrollo racionales de la economía", como proponía Menger?²⁷

Creo que en el entusiasmo neoclásico por la economía del bienestar se produjo un ciclo. En su fase inicial de prosperidad se formularon las proposiciones más ambiciosas, y se pensó que sería factible la reducción; siguió luego una fase de depresión, en la cual, a pesar del incremento de la elegancia formal existió un 'fondo de desconfianza', de cautela, en lo que respecta a las relaciones entre el inmenso edificio y sus bases en lo real. Dicha desconfianza hizo que algunos de los más atinados cultores de la gimnasia del bienestar desertasen de sus huestes (Samuelson hace actualmente profesión de fe institucionalista; Kaldor renunció a los pecados de juventud, etc...). Todo ello no impide que la selva continúe creciendo, a la espera de un nuevo refinamiento lógico-matemático que le permita rebrotar con nuevo vigor y más irrealismo.

Escuchemos a la señora Hicks: "...la disciplina de la economía puede dividirse en dos distintos procesos. De un lado, existe lo que llamamos el sector positivo, cuya tarea es describir las instituciones económicas de la sociedad (por ejemplo, la organización de la industria) y analizar la conexión causal de las reacciones de estas instituciones con los estímulos económicos y no económicos. Esta parte de la disciplina económica puede considerarse como su anatomía y fisiología. En segundo lugar, y no menos importante, está el sector normativo, cuya tarea no es sólo la de determinar los correctos criterios de política, sino también, sobre la base de estos criterios, proporcionar un método para seleccionar el mejor entre un posible número de fines económicos, o, en otros casos, el camino económicamente mejor para conseguir un fin dado, no económico. Continuando nuestra metáfora médica, diríamos que esta sección trata de los aspectos preventivo y terapéutico de la economía".²⁸

Sin la menor duda, la señora Hicks confiaba en los resultados de la 'nueva economía del

²⁴El interesado puede consultar bibliografías que parecen guías de teléfonos, o deleitarse con obras tales como J. de V. Sraff, *Teoría de la economía del bienestar*, trad. de Manuel Fernández López, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1967.

²⁵Con la condición restrictiva secundaria de que se mantuviera, en el modelo biográfico, la subhipótesis de preservación de lucidez.

²⁶Blaug, *op. cit.*, p. 883.

²⁷C. Menger, *The Method of Economic Science* (citado según versión italiana), Turín, UTET, 1937, p. 31.

²⁸Ursula K. Hicks, *Hacienda pública*, trad. y apéndice de José Luis Villar Palasi, México, Ed. Aguilar, 1956, pp. 118-119.

bienestar', pues aclara los 'correctos criterios': i) lograr el óptimo de producción con un sistema dado de recursos, de modo que resulte imposible, mediante una nueva distribución de factores, incrementar la producción de un bien sin disminuir la de otro; y ii) lograr el óptimo de utilidad: elegir entre los óptimos de producción una estructura que lleve al máximo las satisfacciones. La utilidad es máxima "cuando es imposible incrementar la satisfacción (mejorar la posición) de un individuo sin disminuir la satisfacción de otro, después de tener en cuenta la compensación".²⁹ La señora Hicks revela sin duda autonomía intelectual en relación con su esposo, pues, en relación con la compensación, es más Kaldor que Hicks, aunque no deja dudas de que existen economistas dispuestos a "hacer tratamiento preventivo o terapéutico, armados con los criterios de la nueva economía del bienestar".

Durante la fase de prosperidad de la economía del bienestar, hubo autores neoclásicos de incuestionable axiología liberal que en su contexto especularon con lo que denomino 'reformismo'. Meade plantea que para que el sistema monetario y de precios pueda funcionar con equidad, es necesario alcanzar una distribución justa del ingreso y de la propiedad; la desigualdad no sólo hace que el sistema carezca de equidad, sino además lo vuelve ineficiente, de modo que un prerrequisito para preservarlo consiste en tomar medidas radicales para garantizar una distribución razonablemente equitativa del ingreso y de la propiedad.³⁰ Meade no piensa en el sistema socialista: contempla una economía de mercado optimizada.

Sin embargo, a partir de la matriz neoclásica y en estrecho contacto con el discurso del bienestar, pueden surgir "posiciones reformistas de mal comportamiento", bien representadas por Lange, quien critica al capitalismo por su escasa eficacia y procura demostrar, mediante el discurso del bienestar, que solamente en el socialismo se hará posible reducir la economía política a la teoría de la política económica.

ca.^{31, 32} Lange admite que "la máxima satisfacción de las necesidades se logra cuando las utilidades marginales son las mismas para todos los que reciben ingresos, y cuando las cantidades de trabajo se distribuyen entre las diferentes profesiones de un modo tal que las diferencias de valor entre los productos marginales del trabajo, en las diferentes profesiones, equivalen a las diferencias en la desutilidad marginal de dichas profesiones. Una distribución igualitaria de rentas garantiza el máximo de riqueza en una sociedad, considerando la desutilidad del trabajo como 'costo de oportunidad' e incluyendo los beneficios de libertad, seguridad y condiciones agradables de trabajo dentro del sistema de preferencias".³³

Por otra parte, para Lange, y puesto que el capitalismo no garantiza una competencia perfecta, el ideal del bienestar (correspondencia entre precio y costo marginal) no es realizable en este sistema; solamente una economía socialista planificada podría adoptar dicho criterio. Lange, con el discurso del bienestar y el *pathos* neoclásico, demuestra racionalmente las ventajas del socialismo. Esta demostración es incómoda porque es 'científica' y se apoya en el neoclasicismo.

Estos tipos reformistas del discurso académico del bienestar, aunque son inocuos en relación con la historia, producen lo que yo denominaría una desconfianza neoclásica que opera (como segunda derivada de su función ideológica) un vaciamiento de la concepción inicial de bienestar. De ese modo, Little llega a la conclusión de que no existe un criterio objetivo de bienestar.³⁴ Todos los criterios tienen alguna axiología: ¿por qué no reconocer que cualquier examen, en nombre del ideal del bienestar, depende de opciones axiológicas? Arrow es un neoclásico escéptico en cuanto a la utilización de las demostraciones de la nueva

²⁹ *Ibidem*, p. 122.

³⁰ J.E. Meade, "Planning and the Price Mechanism", citado por Joan Robinson, en *Economic Philosophy*, Chicago, Aldine Publishing, 1962, p. 125.

³¹ La línea de Lange fue explorada por muchos autores: Dickinson, Durein, Taylor, y otros. Muchos neoclásicos, en crisis frente a la crisis de los años treinta, hicieron una demostración economicista de la necesidad racional del socialismo.

³² Oscar K. Lange y Fred M. Taylor, *On the Economic Theory of Socialism*, Minneapolis, The University of Minnesota Press, 2.ª ed., 1948. Véanse las pp. 101 y 102.

³³ G. Stavehagen, *op. cit.*, p. 331.

³⁴ L.M.D. Little, *A Critique of Welfare Economics*, Oxford, Clarendon Press, 1950.

economía de bienestar.³⁵ El individuo puede definir su nivel mientras la sociedad no puede hacerlo; y a partir de los individuos no se llega al criterio de bienestar colectivo. Una autoridad superior puede fijar el criterio, aunque no haya garantía científica de que sea racional; incluso con un sistema democrático la elección de un sistema por la mayoría no garantiza racionalidad, porque la minoría queda sin protección. Siguiendo esta línea, Arrow desarrolló (*a priori*) una posición de intransigente defensa de las libertades individuales, retomando una larga tradición de defensa en el estilo de Von Mises, Hayek y otros...

Otros, con Watson, reconocen y lamentan que la economía del bienestar se haya frustrado en su objetivo de construir un cuerpo de conocimiento capaz de fundamentar un conjunto de principios para las políticas económicas sectoriales, por cuanto no resolvió el problema de los conflictos de intereses.³⁶ Testimonios de este tipo (fase de depresión) deben contraponerse a la advertencia de Hicks (fase de prosperidad), según la cual "...la exclusión de la economía del bienestar del cuerpo de investigación del economista podría transformarse fácilmente en una escapatoria para evitar cuestiones agudas, la cual llevaría con certeza a la eutanasia de nuestra ciencia".³⁷

El increíble rebuscamiento del discurso, la adopción de la jerga de criterios de verificación del significado del positivismo lógico, el lenguaje de los modelos y sus relaciones funcionales, la 'frontera del bienestar' de producción como aplicación de la teoría matemática de los máximos condicionados, el uso de la teoría de

conjuntos, ecuaciones diferenciales, primeras derivadas parciales, etc. ... series discretas y ecuaciones de diferentes finitas, análisis de insumo-producto, incorporación de expectativas y probabilidades en el discurso, etc., ... una febril actividad intelectual y editorial, merecen del insospechable Robertson la siguiente evaluación: "Mi opinión personal es que, a pesar de que se ha gastado en este campo (el de bienestar) una buena dosis de energía intelectual de primer orden durante los últimos quince años, no se ha producido nada de verdadera importancia".³⁸ Otros, reflejando la opinión del 'modesto-operador', concuerdan con Meynaud en que "como estas teorías (de bienestar) tienen la pretensión de sustituir las motivaciones empíricas de las autoridades por criterios de acción científicamente indiscutibles, no podemos extraer de ellas otra conclusión que la de su fracaso".³⁹ Finalmente, otros, como el generoso Smithies, consideran que lograron: a) sustituir el desgastado hedonismo por una nueva base ética; b) fundamentar la progresividad del impuesto personal sobre la renta; c) imponer el concepto de renta nacional real como medida del bienestar material; y d) afirmar la creencia en la eficiencia de la elección.⁴⁰

La historiofobia impide, a los afectados por tal enfermedad, ver la realidad. Si hubiera necesidad de evidencias para la veracidad y significación de este enunciado, la selva del bienestar bastaría para proporcionarlas en forma inequívoca.

Los abismos que la vaciedad pone a disposición de sus cultores son verdaderamente insondables. Algunos ejemplos seleccionados: "La antigua economía del bienestar demostró que, con una determinada distribución de recursos y un determinado estado de la técnica, se obtendría un óptimo de bienestar en condiciones de competencia perfecta. La nueva economía del bienestar presentó la proposición inversa, o sea, a cada óptimo de bienestar corresponde una situación de competencia

³⁵K.J. Arrow, *Social Choice and Individual Values*, Wiley, Nueva York, 1952.

³⁶D.S. Watson, *Política económica*, Madrid, Gredos, 1965. Por ejemplo, respecto de la política fiscal, Samuelson, en tres artículos publicados en *The Review of Economics and Statistics* ("The Pure Theory of Public Expenditures"), vol. XXVI, N.º 4, noviembre de 1954; "Diagrammatic Exposition of a Theory of Public Expenditure"; vol. XXXVII, N.º 4, noviembre de 1955, y "Aspects of Public Expenditure Theories", vol. XL, N.º 4, noviembre de 1958, sacó como conclusión la imposibilidad teórica de alcanzar una solución para la política fiscal optimizadora.

³⁷Véase J.R. Hicks, "The Foundations of Welfare Economics", en *The Economic Journal*, Londres, vol. XLIX, diciembre de 1939.

³⁸D.H. Robertson, "A Revolutionist's Handbook", en *The Quarterly Journal of Economics*, vol. LXIV, N.º 1, febrero de 1950, p. 7.

³⁹J. Meynaud, *op. cit.*, pp. 124-125.

⁴⁰A. Smithies, *op. cit.*, pp. 18-22.

perfecta en cada uno y en todos los mercados. Esta demostración biunívoca de óptimo y de competencia perfecta es considerada por algunos neoclásicos del bienestar como justificación 'científica' para la política ahistórica anti-monopolista. Otros, como Building, más adheridos a lo 'real' admiten (leyeron los trabajos de Robinson, Chamberlin, Schumpeter, y otros...) que las formas imperfectas, monopolios y oligopolios, existen en la realidad, y son útiles y eficaces para el sistema (economías de escala, control de riesgos, etc...)"

Sin embargo, intoxicados por las demostraciones del bienestar, sugieren la institución de un control público sobre el funcionamiento de las empresas, a fin de asegurar la fijación de precios de acuerdo con el costo marginal. Finalmente, algunos, como Graaf, hablan de bienestar potencial (lo fijado por la teoría) y de bienestar factible (lo obtenible incorporando las restricciones provenientes de la situación real — la segunda vía de adhesión a que nos referimos antes).⁴¹ Escuchemos lo que nos dice, en el decenio de 1960, este autor del bienestar: "la relación entre la frontera del bienestar (o lugar de la posibilidad de utilidad) y la línea de eficiencia (lugar de las alternativas distintas de bienestar obtenibles por articulaciones redistributivas) debe concebirse en la siguiente forma: la frontera del bienestar muestra lo mejor que se puede hacer — dados los gustos y las técnicas— en un vacío institucional; la línea de eficiencia indica lo mejor que se puede hacer si se considera dado el marco institucional vigente dentro del mismo".⁴² Graaf sostiene que la posición de la novísima economía del bienestar se debe preocupar por comparar posiciones subóptimas: "¿Por qué nos interesa comparar posiciones subóptimas? Pues porque en el mundo actual es extraordinariamente difícil que una sociedad esté situada sobre su frontera del bienestar. Si no existiesen efectos externos, si la frontera de la producción fuese independiente de la distribución de la riqueza, y si las curvaturas relativas de las curvas de transformación y de indiferen-

cia fuesen 'correctas', podría llegarse a un equilibrio competitivo pleno".⁴³

Graaf deplora el mundo actual, puesto que se salió de los límites del bienestar. Así, la nueva economía del bienestar se retira hacia las fronteras del subóptimo, donde, como la topología — la geometría de las geometrías, nuevo modismo matemático—, ciertamente continuará, en busca del *Second best*, explorando el vacío en sus infinitas posibilidades de vacuidad.⁴⁴

¿Qué quedó entonces del esfuerzo por la teoría de la política económica, fuera de la amenaza siempre renovada de enmarañar aún más la selva? ¿Hay algún premio de consuelo? Creo que sí. Veamos:

a) Consiguió dar a la economía neoclásica un encadenamiento abstruso y aterrador. Mimetizado en ciencia, el valor de uso, con el inmenso encargo proporcionado por el discurso lógico-matemático, adquirió, para los espíritus menos prevenidos, el aspecto de ciencia, con sus atributos pedagógicos intimidantes (poco clara, expresada en símbolos, densa, etc.); dio así a sus cultores no el conocimiento de los sabios, sino su 'aspecto'. Y esto tiene importancia para la 'ciencia oficial'.

b) Siempre es posible invocar el valor heurístico de sus construcciones teóricas. Blaug se consuela: "muchos fenómenos económicos no han sido todavía sistematizados, y a pesar de ello los economistas no quieren permanecer callados sólo porque se diga que la ciencia debe consistir únicamente en teoremas verificables. Una 'teoría' no debe condenarse solamente porque ahora sea improbable; tampoco porque su configuración impida una demostración, siempre que dirija su atención a un problema importante y proporcione un marco adecuado para su estudio, a partir del cual surja tal vez, algún día, una consecuencia que la compruebe. No se puede negar que muchas de las llamadas 'teorías económicas' carecen de contenido sustantivo y sirven únicamente como sistemas de registro para organizar

⁴¹J. de V. Graaf, *op. cit.*, p. 81.

⁴²*Ibidem*, p. 81.

⁴³*Ibidem*, p. 80.

⁴⁴Fronteras con hipótesis de conjuntos finitos de unidades discretas admiten tratamientos topológicos. (Así dicen.)

la información empírica. Pedir la eliminación de todos los postulados y teoremas heurísticos, con el deseo de llevar al límite el principio de verificación, equivale a prohibir toda nueva investigación en muchas ramas de la economía".⁴⁵

Tenemos aquí al economista Pangloss: "todo es para mejor en la mejor de las teorías posibles"; además, Blaug dice que "es mejor una mala teoría que ninguna teoría". Mientras no aparecen las consecuencias que sirven de comprobación, el economista Pangloss siempre puede, con un máximo de aparato lógico y matemático, aceptando, como lo hace Samuelson en sus *Fundamentos*, la meta de demostrar la presencia de "...teoremas significativos...", comprobar en el campo de la economía del bienestar (interpretado como maximización de relaciones de insumo-producto) lo que señaló Seligman: "Samuelson encontró que únicamente se alcanzaban resultados triviales. La conclusión de que la producción mayor de un bien era deseable o que el mismo *output* podía obtenerse con una cantidad menor de *input*; la igualdad en la distribución de ingresos, normalmente presentada como condición para la maximización del bienestar, implicaba también la igualdad en los gustos, etc..."⁴⁶

c) En una época permisiva, es perfectamente admisible refugiarse en el plano de la omnisciencia. Los viejos neoclásicos, con la tranquilidad que les confería la Ley de Say, trabajaban sus abstracciones microeconómicas, con la condición *ceteris paribus*. Los nuevos neoclásicos, empujados hacia el nivel macroeconómico, perturbados por el vértigo, tienen una escapatoria en el recurso epistemológico que Graaf confiesa honestamente que utilizará: "Un recurso expositivo que emplearemos ocasionalmente (...) consiste en suponer la existencia de un personaje omnisciente (el 'economista observador') que dispone de cuanta información pueda hacernos falta en lo relativo a gustos y técnicas, al porvenir y a cualquier otra cosa. Este procedimiento, que ni aun subjetivistas recalcitrantes aplicarían con carácter general, tiene, sin embargo, sus ventajas. Nos

permitirá asegurar, con certidumbre, que la información obtenida por tal medio es *correcta*, privilegio del que carecerán, en cambio, los miembros de la comunidad estudiada".⁴⁷ (El valor heurístico también aplicado al economista.)

No conseguimos despejar la zona densa de la floresta; sus tecnicismos y modismos nos fastidian, y nos desanima completamente construir teorías de política económica de valor heurístico, que extienden el principio hasta abarcarlo a uno mismo. Carecemos de las fuerzas necesarias para tanto; sin embargo, cabe, a estas alturas, hacer un balance del neoclasicismo en materia de teoría de la política económica:

a) Repitieron, *urbi et orbi*, las excelencias de un sistema de competencia perfecta. Demostraron hasta la saciedad el tema. Con mil variantes, se encaminaron desde allí a la realidad. Algunos lo desconocieron y se encerraron en la caparazón científica; éstos merecen un cuidadoso estudio malacológico. Otros pretendieron reformar la realidad atrayéndola hacia lo ideal; a eso lo llamaron teoría de la política económica. Otros admitieron que la realidad podía proporcionar una escala de valores arbitrariamente establecida por el Estado o por las élites, o bien fijada en forma democrática. Para algunos, este problema era motivo de temor, por causa de las minorías. En este caso evolucionaron hacia el nivel ideológico más elemental, haciéndose propagandistas y defensores de los principios de la libre empresa, el respeto a la tradición, qué sé yo. Algunos se transformaron en socialistas neoclásicos, como Oscar Lange. Una legión permanece en la selva, intentando, con la moda del momento, despejarla (en este momento, la moda es la topología).

Al fin de cuentas, el concepto de bienestar es tan simpático, tan unificador, que puede polarizar toda la política económica. Bajo una función de bienestar agregada es posible ordenar y hacer progresar la sociedad. El concepto permite eludir todo el sistema de juicios de valor económico del individuo, de los grupos sociales y de la sociedad. ¿Cómo re-

⁴⁵M. Blaug, *op. cit.*, pp. 884-885.

⁴⁶B. Seligman, *op. cit.*, p. 519.

⁴⁷J. de V. Graaf, *op. cit.*, pp. 12-13.

nunciar a la teoría de la política económica? Debe existir alguna manera; continuemos.

b) Todos repudian la historia; son historiófobos. En esto están de acuerdo todos: positivistas, neopositivistas, neo-neo-positivistas, etc. Esta opción ya se tomó. Están con la ciencia.

c) En lo que respecta a las instituciones adoptan una postura doble: desconocerlas como categoría, por su contaminación historicista; aceptarlas y servir las con su ciencia. De ahí la pobreza de su visión del Estado, tratado como sujeto en las operaciones teóricas, ignorado en la mayoría de los modelos, considerado como receptor/pagador en la parte especial-fiscal de la ciencia que construyen, es, por otra parte, un patrón al que hay que servir.

A aquellos que, en materia de política económica, se refugian en la ingenua transposición de la fórmula de Robbins, los llamo 'modesto-operadores', por cuanto reservo la denominación de 'neopositivistas' para los esforzados autores de la economía del bienestar. Alguno podría discutir esta denominación, considerando que el rasgo dominante del pensamiento positivista es el respeto por los hechos. A esta objeción respondería diciendo que sus rasgos principales me parecen la historiofobia y la pretensión de construir un saber atemporal y universal. Con este saber, su aspiración principal sería aconsejar al hombre y a la sociedad. Este fue el máximo deseo de la investigación acerca del bienestar, y de allí proviene su denominación. Creo que el formalismo es un corolario de la historiofobia y creo, también, que esto nunca inhibió a los espíritus positivistas.

En materia de política económica, la actitud neopositivista tiene una postura idealista en relación con la ciencia económica hipertrofiada, lo que se opone al pragmatismo de la posición del modesto-operador. En la medida en que la presencia de la política se funda en la disensión derivada de la heterogeneidad social y de la diversidad de situaciones concretas de los actores político-económicos, el modesto-operador, reconociendo la presencia del conflicto, pretende renunciar al arbitraje en materia de fines y refugiarse en lo que considera un territorio neutro: los medios. El neo-

positivista es más ambicioso; la ciencia puede y debe, mediante la utilización de los procesos específicos, identificar los fines de la política económica. La indicación de los fines, así como la de los medios, debe fundarse en el conocimiento científico racional.

Lo que el modesto-operador deja al arbitrio del político —renunciando a fundamentarlo en cuerpos teóricos— pasa, para el neopositivista, a constituir una responsabilidad de la ciencia. La economía del bienestar, al proponer la primacía de la teoría sobre la política económica, admite implícitamente (por lo menos, no le he visto confesado) que la disensión es igual, en sí misma, y desde un punto de vista lógico, al desconocimiento. Una elección basada en poder es considerada de por sí un procedimiento precientífico, donde la disensión que exige la elección —el arbitraje de las autoridades— se deriva de la carencia o desconocimiento de las indicaciones científicas. La economía del bienestar relega a un nivel precientífico el proceso político. El conflicto en el mundo proviene de la disensión derivada de la falta de conocimiento científico; no es producto de clases, grupos, individuos diferenciados y en situaciones heterogéneas, con intereses opuestos. La economía del bienestar recupera en ese sentido el ideal iluminista de la ciencia que se propone pacificar el mundo revelando y propagando *urbi et orbi* sus realidades y óptimos universales como metas unificadoras. La economía del bienestar se proponía una inmensa catequesis del mundo.

La comprobación de los magros resultados de tan prodigiosa labor no desanimó a la ciencia oficial en lo que respecta a su vocación catequista. Crear con la ciencia un biombo que oculte el conflicto, superar el proceso político, calmar a la turba, siguen constituyendo una propuesta para muchos espíritus científicos. Hoy en día, bajo el nuevo ropaje de la idea de la planificación, la 'ciencia oficial', con fe renovada, insiste en su vocación catequista. La búsqueda de una técnica que permita que las complejas y múltiples acciones político-económicas de un Estado agigantado se integren en un todo coherente, compatible y congruente, cubre con un nuevo lenguaje antiguas intenciones frustradas. Los planificadores

asegurarán la bandera del bienestar. Alabada sea su insistencia.

Ambas posiciones —la del modesto-operador y la del neopositivista— ofrecen sus servicios al Estado. El modesto-operador ofrece el óptimo de medios para el sistema del poder, y el neopositivista ofrece el conocimiento de los fines óptimos para la sociedad en su conjunto. El Estado, una vez en posesión de esos conocimientos, podría realizar la política económica adecuada, ya sea para el sistema de poder o para la sociedad en su conjunto.

Ambas posiciones muestran desinterés acerca de la viabilidad socio-política de sus recomendaciones. El modesto-operador pensará "no es cosa mía"; y el neopositivista confiará en que "tarde o temprano se buscará la salvación en el conocimiento". Como no consideran este problema de viabilidad, introducen en sus recomendaciones una nota de ingenuidad y de irrealidad que compromete sus esfuerzos. De todos modos, no es éste el momento de discutir el asunto.

V

La 'caja negra' de las ilusiones perdidas

*"El señor Ga había sido tan astuto, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del Sr. Ga, que lo mandaba llamar.
"El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y 'meneando con grave modo la cabeza' resolvió: Hay demasiado pie, con razón se siente mal; le trazaré el corte necesario a un cirujano."*

(Macedonio Fernández)*

En su desarrollo, el pensamiento neoclásico estuvo siempre limitado por una ambición y una fobia. La pretensión fue, y seguirá siendo, la construcción de una teoría general, entendida como la deducción de proposiciones universales susceptibles de confirmar, obtenidas a través del enunciado (o revelación) de determinados principios explicativos. Como estos principios explicativos no son dados en forma inmediata, le cabe a la ciencia, en un laborioso proceso reflexivo, sacarlos a la luz. Por otra parte, como la economía es una ciencia empírica, la construcción teórica debe ser puesta a

prueba, cotejada empíricamente, con lo planteado por la realidad en el plano de la apariencia. Una vez obtenida la teoría, de ella deben derivarse preceptos acerca de los fines y los medios de la conducta individual y colectiva, o sea, de ella se derivaría la teoría de la política económica. La reducción de la economía política a teoría de la política económica fue siempre pretensión del pensamiento neoclásico.

Marshall enuncia con precisión este proyecto: "los esfuerzos que se intentan actualmente anuncian el día en el que la economía política volverá a ser lo que fue al principio: un arte, sin dejar por ello de ser una ciencia. Mas ahora no se trata de un arte empírico, como en tiempos de los mercantilistas, sino de un arte basado en principios científicos, ideado como una aplicación de los descubrimientos de la ciencia... al cabo de esta evolución, la ciencia económica es una economía política verdadera y que el nombre que Montchrétien le diera había sido bien elegido".⁴⁸

La fobia ya la conocemos; el reconocimiento de la primacía de la historia parece al

*De. "Un paciente en disminución", *Papeles de Recienvenido*.

⁴⁸Véase A. Marshall, *Metodología de la ciencia económica*, trad. de Constantino Dimitriu, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1957, p. 6. Una radicalización del 'proyecto' se presenta en el trabajo de L. Rogin, "The Meaning and Validity of Economic Theory" (1956), donde se plantea que el significado objetivo de una determinada teoría económica radica en sus recomendaciones aplicadas al campo de la política práctica.

positivista una negación de la posibilidad teórica; parece un veto a la ciencia, una amenaza a la dignidad de las barbas blancas.

El desarrollo del discurso neoclásico es dramático. Se trata de un discurso lacerado por el drama de la incompatibilidad entre las dos misiones que se autoimpone como 'ciencia oficial': por una parte, mediante la dignidad de la objetividad científica, plantear en el lenguaje de la ciencia un conjunto de premisas que defienden el *statu quo*; y por otra, entender el mundo real a fin de permitir dentro del sistema una operatoria capaz de conferirle eficacia, respondiendo así a las problemáticas político-económicas de los intereses dominantes en el sistema al cual sirve. El drama se plantea —por una ascesis teórica— en términos de trascender por una parte la historia, y por otra, sumergirse obligadamente en ella. ¿Cuál de las dos misiones debe cumplirse? Respuesta: ambas. ¿Cómo compatibilizarlas? Arduo problema; múltiples 'soluciones' son posibles, sin embargo, ninguna de ellas es tranquilizadora.

No es que los 'historicistas' hagan tambalear sus convicciones. El positivista mira con desdén estas críticas que provienen, a su juicio, de un nivel 'precientífico'. La intranquilidad emana de las observaciones de sus pares, cada solución 'compatibilizadora', diseñada por un positivista, inspira observaciones metodológicas de otro positivista; es en la comunidad científica, en el mundo académico, donde no se logra el consenso.

¿Qué decir entonces de las preguntas, cuando son planteadas por boca de los mismos poderosos? ¿Qué responder a Robert Kennedy en 1968, cuando alegaba: "El producto nacional bruto no toma en cuenta la salud de nuestra juventud, la calidad de su educación ni la alegría de sus juegos. No incluye la belleza de nuestra poesía, ni la solidez de nuestra institución matrimonial, ni la inteligencia de nuestro debate público, ni la integridad de nuestros funcionarios públicos. No mide nuestra sutileza ni nuestro valor, nuestra sabiduría ni nuestra instrucción, nuestra compasión ni nuestra devoción por nuestro país. Mide todo, en resumen, excepto aquello que hace a la vida digna de vivirse". Aun rehusando contestar preguntas de este tipo, donde se sospecha un

cierto fariseísmo, hay otras que se plantean en forma ineludible: ¿Cómo responder al desempleo? ¿A la inflación? ¿A la baja en la masa de utilidades? ¿A la disminución de las oportunidades de invertir? ¿A la desestructuración del comercio y del sistema monetario internacionales, etc.? (Interrogantes ciertamente referidas a niveles problemáticos y significativos en el sistema, en horizontes históricos concretos definidos en el tiempo y en el espacio.)

¿Cómo responderlas y mantener la teoría universal y ahistórica, con su objetividad científica? Resolverla mediante un pragmatismo operatorio crea una peligrosa disfuncionalidad: incapacita a la teoría para proporcionar la demostración de que el sistema es racional, cierto, necesario, eterno. Solamente con una teoría de lo universal puede la ciencia dar respuesta unificada a estos dos órdenes de preguntas.

Aquí está el drama. Aquí se enredan las barbas. ¿Quién es responsable del enredo de las barbas blancas? Respuesta: la historia. El capitalismo no se detiene, se transforma, evoluciona en su curso histórico. En su evolución plantea cada vez con mayor urgencia sus preguntas a la 'ciencia oficial', y, al mismo tiempo, erosiona los pilares de la construcción ideológica del neoclasicismo. En su etapa avanzada, el capitalismo aumenta sus exigencias de operación, sin embargo, y a medida que evoluciona, se aparta cada vez más del arquetipo ideal construido por el neoclasicismo para justificarlo científicamente. Y, al mismo tiempo, el sistema clama con insistencia por una neoapologética. Esta dramatización creciente del dilema de la 'ciencia oficial' la ha conducido por los caminos más extraños.

Intentaremos reconstituir algunos de ellos, renunciando, de antemano, a cualquier pretensión de reunir un subconjunto que exprese las mil y una tentativas.

Un camino —ya lo conocemos— consiste en el apriorismo radical de Robbins. "Las leyes económicas describen consecuencias inevitables. Las que anuncian se deducen necesariamente si los datos en que se apoyan se presentan ... Si dentro de una situación determinada los hechos son de cierto orden, estamos autorizados para deducir con absoluta seguridad que otros que ella nos permite describir se hallan

también presentes ... Sus conclusiones son inevitables e ineludibles si la correspondencia entre los supuestos originales y los hechos queda garantizada”⁴⁹ Axiomas escogidos: los del neoclasicismo. Este camino suena metafísico al pensamiento positivo; Robbins, con el apriorismo y el deductivismo, situaría a la economía como ciencia formal, y no ya empírica.

Busquemos otra salida. La teoría de la ciencia y las modernas tendencias del positivismo lógico, en su investigación del lenguaje y el proceso de la ciencia, ¿no podrían, acaso, prestar apoyo? Este es un camino que parece promisorio para el pensamiento neoclásico. (Por ahí entró, aunque no salió.) De la teoría considerada como verdadera explicación de los hechos o como descripción de la realidad, se puede llegar a la teoría considerada como un simbolismo útil y cómodo, atribuyéndole una fusión meramente de manejo y de operación. Se puede permanecer en el estudio de la estructura de la teoría. La ley, como carácter de necesidad de un grupo de hechos de comprobación empírica de una regularidad (comprobación efectuada por inducción para pasar del fenómeno a la ley) puede ser admitida como convención arbitraria (Le Roy) y operativa (como regla para construir proposiciones empíricas — Machi). De la ley a la hipótesis. Existen increíbles posibilidades dentro del concepto de probabilidad; se puede pasar de ley causal a ley estadística; se puede llevar al máximo el interés por la estructura lógica de la ciencia económica, buscando sus analogías con la astronomía, con la física y con la biología, o con formas de ingeniería, o bien —mejor aún— con la matemática. La construcción neoclásica se arma y vuelve a armar de acuerdo a esas múltiples orientaciones.⁵⁰ Desde el punto de vista metodológico, el neoclasicismo se ha

adherido, durante los últimos decenios, a diversas modalidades lógicas y matemáticas, cada una de las cuales genera lo señalado por un analista libre de toda sospecha, cuando dice: “en los últimos veinticinco años se van empleando cada vez más intensamente en la ciencia económica poderosas técnicas matemáticas, en particular la teoría de conjuntos, el álgebra lineal y la topología ... los defensores y practicantes de las técnicas matemáticas están, en general, convencidos de que esas técnicas permitirán la solución de los problemas clave de la disciplina económica, por ejemplo, la asignación de recursos en una economía competitiva, o si no, por lo menos, de que se puede esperar que dichas técnicas contribuyan dentro de poco tiempo y en forma decisiva a solucionar problemas importantes de la economía entendida como ciencia social y política”.⁵¹ El irrealismo de las construcciones neoclásicas de una determinada modalidad tropieza siempre con la crítica de otro neoclásico.

El matemático Wiener captó esta ‘tendencia’. Muy pocos economistas están conscientes de que, si se trata de imitar los procedimientos de la física moderna y no sólo sus apariencias, la economía matemática debería comenzar por la revisión crítica de sus nociones cuantitativas y de los instrumentos adoptados para captarlas y medirlas. Wiener argumenta que los cambios técnicos y sociales (un proceso histórico abierto) hacen que el juego económico sea un juego cuyas reglas están sujetas a importantes revisio-

⁴⁹L. Robbins, *Naturaleza y significación de la ciencia económica*, trad. de Daniel Cosío Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, pp. 164-165.

⁵⁰Al interesado en el tema se le recomienda la lectura de los siguientes textos: T.W. Hutchison, “The Significance and Basic Postulates of Economic Theory” (1938); F. Machlup, “The Problem of Verification in Economics” (1956); M. Friedman, *Essays in Positive Economics*, Chicago, The University of Chicago Press, 1953 (hay versión española, con el título de *Ensayos sobre economía*

positiva, trad. de Raimundo Ortega Fernández, Madrid, Ed. Gredos, 1967); T.C. Koopmans, *Three Essays on the State of Economic Science*, Nueva York, McGraw Hill Book Co., 1957; E. Rotwein, “On the Methodology of Positive Economics”, en *The Quarterly Journal of Economics*, vol. LXXIII, 1959; D.F. Gordon, “Operational Propositions in Economic Theory” (1955); E. Klappholz y J. Agassi, “Methodological Prescriptions in Economics”, en *Economica*, Londres, año XXXIX, New Series, vol. XXVI, N.º 101, febrero de 1959; S. Shoeffler, “The Failures of Economics: A Diagnostic Study” (1955); J. Buttrick, “Toward a Theory of Economic Growth: The Neoclassical Contribution”, Hoselitz y otros (ed.), en *Theories of Economic Growth*, The Free Press of Glencoe, 1960 (hay versión española, con el título de *Teorías del crecimiento económico*, trad. de Julio Cerón, Centro Regional de Ayuda Técnica, A.I.D., México, 1964); A.G. Papandreou, *Economics as a Science*, Nueva York, Lippincott, 1958.

⁵¹A.G. Papandreou, *Economics as a Science*, op. cit., p. V.

nes, digamos, cada diez años, y, en tales circunstancias, asignar a estas cantidades esencialmente vagas una significación para darles valor preciso no es útil ni honesto, y cualquier pretensión de aplicar una formulación rigurosa a esas cantidades negligentemente definidas es una impostura y una pérdida de tiempo. Wiener considera lastimoso el espectáculo de la 'ciencia oficial', y dice que "el éxito de la física matemática creó entre los científicos sociales envidia de su poder, pero sin una clara comprensión de las actitudes intelectuales que han contribuido a ese poder. El uso de la formulación matemática ha acompañado al desarrollo de las ciencias naturales y se ha puesto de moda en las ciencias sociales. Justamente como los pueblos primitivos adoptaron las modas occidentales de vestuario desnacionalizado y de parlamentarismo, imbuidos del vago sentimiento de que estos ritos mágicos y vestimentas podrían al fin ponerlos frente a la cultura y la técnica modernas, los economistas han desarrollado el hábito de vestir sus muy imprecisas ideas con el lenguaje del cálculo infinitesimal".⁵²

En 1947, Samuelson procuró, en sus *Fundamentos*, rectificar los teoremas neoclásicos, corrigiendo lo que consideró un error metodológico básico de sus predecesores: "sólo en una muy pequeña parte de las obras de economía, teórica o aplicada, se ha tratado la derivación de los teoremas *significativos operacionalmente*. En parte por lo menos, tal situación se debe a los deficientes preconceptos metodológicos, según los cuales las leyes económicas deducidas de los supuestos *a priori* poseen rigor y validez, independientemente de cualquier conducta humana real".⁵³ Samuelson criticó a 'sus mayores' porque operaban con axiomas, proposiciones demostrables y no evidentes, obtenidas por la intuición y 'comprobadas' por la autoevidencia. Samuelson no estima que los axiomas neoclásicos puedan considerarse verdaderos y dignos de confianza científica, mientras no sean expresados en un lenguaje proposicional con significado. El significado de una

proposición equivale a su verificación. De este modo, interesaban las proposiciones acerca de hechos. En los *Fundamentos*, procuró conferir al neoclasicismo un lenguaje con significado, que permitiese la aplicación del principio de verificación, y en términos de positivismo lógico, aplicar el principio de verificación a todas las proposiciones neoclásicas, para separar el trigo de la paja, apartando así un patrimonio científico —proposiciones con significado— de las proposiciones no verificables, es decir, sin una operatividad significativa. En estos términos, rechaza, por ejemplo, las curvas de indiferencia de Hicks y acepta la teoría de la preferencia revelada del consumidor. Hicks no propone un teorema significativo.

Algunos neoclásicos estiman que la mayoría de las contribuciones están en la misma situación: "Las variables endógenas manejadas en los modelos neoclásicos son frecuentemente imposibles de observar; sin embargo, esto podría defenderse perfectamente dada la función heurística de la teorización del 'como si'. Desgraciadamente, la mayoría de los teoremas que surgieron de esta análisis no consiguió ser empíricamente significativo".⁵⁴

Con sus *Fundamentos*, Samuelson intentó que el neoclasicismo proporcionase a la estadística matemática un contenido de proposiciones con significado, que permitiesen a la econometría realizar pruebas de verificación. Más adelante veremos qué tiene que decir 'la econometría; por ahora, cabe retener que Samuelson, en nombre del neoempirismo, estaba abriendo el camino del neoclasicismo hacia la 'caja negra'.

En verdad, al surgir la propuesta de aplicar el principio de verificación a la economía, el drama al que antes se aludió se ponía en claro, con perdón de la redundancia, 'dramáticamente'. La economía dispone de hechos proporcionados por la historia; renuncia a los axiomas para buscar leyes fundadas en las interrelaciones de la realidad; la reflexión neoclásica se encamina así hacia lo singular y específico. Lo que gana en operatividad lo pierde en función apologética-ideológica. ¿Cómo resolver esta maldita compatibilización?

⁵²N. Wiener, *God and Golem Inc.*, se cita según *Dios y Golem S.A.*, trad. española de Javier Alejo, México, Siglo XXI Editores, 1967, p. 96.

⁵³P. Samuelson, *op. cit.*, pp. 3-4.

⁵⁴M. Blaug, *op. cit.*, p. 892.

Una línea es la que denomino “honesta admisión de la ideología”. Existe una larga tradición de autores que admiten la primacía de lo ideológico. En 1934, decía Cohen: “Todos los que pretenden permanecer indiferentes a toda consideración sobre lo justo y lo injusto formulan luego, en la realidad, un juicio acerca de lo justo y lo injusto, en forma implícita, cuando no abierta; y tales juicios no son mejores por el hecho de que nunca llegaron a ser objeto de un examen crítico explícito”.⁵⁵ En 1933, Myrdal afirmó, dentro de la misma línea, que “...la creencia explícita en la existencia de un cuerpo de conocimientos científicos adquiridos independientemente de todos los juicios de valor es, según lo vemos mejor ahora, de un empirismo ingenuo. Los hechos no se organizan por sí mismos en conceptos y teorías, sólo por el hecho de ser contemplados (o manejados) con rigor; excepto dentro del marco de los conceptos y de las teorías, no existen los hechos científicos, sino sólo el caos. Existe un ineludible elemento *a priori* en todo trabajo científico”.⁵⁶ Y continúa: “Casi todos los términos generales de uso corriente en economía política y en ciencias sociales tienen, en general, dos significados: uno en la esfera de ‘lo que es’ y otro en la esfera de ‘lo que debería ser’. La palabra ‘principio’, por ejemplo, significa, por una parte, ‘teoría’, o ‘base de una teoría’ o ‘hipótesis de trabajo dentro de una teoría’... sin embargo, la palabra ‘principio’ también puede significar ‘objetivo de esfuerzo consciente’ o ‘medios principales para alcanzar un fin determinado’ o ‘regla general de acción’. El doble significado de nuestros términos no es accidental; constituye la expresión de la forma normativo-teleológica de pensar que es tradicional en las ciencias sociales y, de hecho, programática en la filosofía de la ley natural sobre la cual se fundaron”.⁵⁷

En este tema interviene también nuestro conocido Fenizio: “El precepto metodológico

de eliminar completamente las valoraciones del hombre de ciencia de sus investigaciones en el campo de la economía política acabó por ser un ideal, a un tiempo inalcanzable y de dudosa realización”.⁵⁸

Robinson repite en la misma línea, inspirada en *An International Economy*, de Myrdal: “En medio de toda la confusión [de la teoría económica] existe un sólido bloque de ideología inalterable, que tanto lo damos como un hecho que ni siquiera se repara en él: se trata del nacionalismo”.⁵⁹

Finalmente, para terminar esta selección de citas de la línea de ‘honesta explicitación ideológica’, escuchemos al honestísimo Wright Mills, en una obra editada póstumamente y que aborda la ciencia política —la cual, a mi juicio, puede sustituirse, en su discurso, por la economía política—: “En todo momento he tratado de ser objetivo, pero no pretendo ser un desinteresado. Ningún filósofo político puede ser un desinteresado; sólo puede presumir de serlo y yo he escrito este libro, en parte, como un filósofo político, lo cual sólo significa: como alguien que busca, junto con sus lectores, orientación política. Por consiguiente, trataré de ser explícito acerca de mis propios juicios políticos y morales”.

“*Primero* y antes que nada, una filosofía política es en sí misma, una realidad social: es una ideología en términos de la cual se justifican ciertas instituciones y prácticas y se atacan otras; ella provee las frases en las que se plantean demandas, se hacen críticas, se pronuncian exhortaciones, se formulan proclamas y, en algunas ocasiones, se determinan lineamientos políticos.

“*Segundo*, es una ética, una articulación de ideales, que en diversos niveles de generalidad y refinamiento, se utiliza al juzgar hombres, acontecimientos y movimientos, y como metas y criterios orientadores de aspiraciones y políticas.

“*Tercero*, una filosofía política designa agentes de acción, de los medios de reforma, revolución o conservación. Contiene estrategias y programas que encarnan tanto los medios como los

⁵⁵M. R. Cohen y E. Nagel, *An Introduction to Logic and Scientific Method*, Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1934.

⁵⁶G. Myrdal, *The Political Element in the Development of Economic Theory*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1953, p. VII.

⁵⁷*Ibidem*, p. 19.

⁵⁸F. Di Fenizio, *op. cit.*

⁵⁹Joan Robinson, *op. cit.*, p. 124.

finés. Designa, en suma, los instrumentos por medio de los cuales se realizan los ideales o se mantienen después de haber sido realizados.

“Cuarto, contiene teorías del hombre, la sociedad y la historia, o, cuando menos, supuestos relativos a la composición y al funcionamiento de la sociedad; relativos a lo que se considera que son sus elementos más importantes y cómo éstos están típicamente relacionados; sus principales puntos de conflicto y cómo se resuelven estos conflictos. Sugiere los métodos de estudio apropiados a sus teorías. De estas teorías y con estos métodos, se derivan las expectativas. “Una filosofía política nos dice cómo descubrir dónde nos encontramos y hacia dónde podemos estarnos dirigiendo; nos da algunas respuestas a estas preguntas; nos prepara para los futuros posibles. Así pues, para examinar cualquier filosofía política debemos examinarla como una ideología, como una enunciación de ideales, como una designación de agencia o agencias, y como un conjunto de teorías sociales”.⁶⁰

Es innecesario decir que, a pesar de que en cada generación de economistas hay algunos que ponen en claro su posición ideológica en forma honesta, la ‘ciencia oficial’ tiende a poner oídos sordos a aquellas extemporáneas y honestas confesiones. El motivo es evidente; si por un lado permite en su nombre un festival ideológico de tipo libertario, mediante la valorización de la libre empresa, la libre iniciativa, etc., ‘a la Hayek’, etc., tiene la desventaja de abrir camino a proposiciones de reforma radical y transformar el sagrado territorio de la ciencia en ‘vulgar arena política’ donde se enfrentan las ideologías. Para evitar ese tumulto, surgen neologismos como protopostulados, hipótesis-guías, juicios de valor controlables, o bien la propuesta de dar tratamiento científico y objetivo a los juicios de valor mediante reglas del discurso científico. Por este camino se llega a la atmósfera ultrarrarificada de una metafísica disfrazada de teoría general de la ciencia.

Otro camino repudiado es el relativismo de una sociología del conocimiento. Esta posición considera cada teoría como expresión y

reflexión de condiciones y de problemas existentes en su tiempo histórico. Su perspectiva consiste en preguntar: ¿Por qué se produjeron tales ideas o teorías? Sin embargo, este camino es por demás horripilante para el hombre de ciencia positivista. Primero, porque está demasiado cerca del marco histórico-concreto; después, porque es exageradamente indiscreto, pues, al plantear la pregunta ¿por qué se produjo?, conduce en forma casi inmediata a otra pregunta indiscretísima: ¿Para quién se produjo tal idea o cual teoría? Las respuestas a estas preguntas pueden ser del siguiente tipo: para racionalizar intereses de clases, o de grupos sociales, o bien para brindar argumentos políticos para alguien. El pensador positivista se siente muy incómodo frente a este tipo de respuesta, se siente amenazado como hombre de ciencia cuando se le identifica con el ideólogo.

Frente a las penetrantes observaciones planteadas por la sociología del conocimiento, el pensador positivo intenta defensas desesperadas y brillantes. Un tipo general de auxilios consiste en considerar, como Blaug, que hasta 1870 la economía atravesó un estado precientífico, durante el cual se transparentaba la ideología; pero a partir de esta época comenzaron a imperar los procedimientos científicos, que planteaban la idea de un acercamiento a la objetividad científica a lo largo del siglo siguiente. Habría pues, siempre según Blaug, una tendencia de la economía hacia la condición científica.⁶¹

Esta salida es muy seductora, pues en vez de considerar los malabarismos lógico-matemáticos como un infecundo ‘pataleo’ dramáti-

⁶⁰C. Wright Mills, *Los marxistas*, trad. de José Luis González, México, Ed. Era, 1964, pp. 1 y 4.

⁶¹M. Blaug, véanse la introducción, “Progredu a teoría económica?”, y el capítulo 16, “Apéndice Metodológico”, de *op. cit.* Confróntense también los trabajos de Hutchison, *A Review of Economic Doctrines, 1870-1929*, Oxford, Clarendon Press, 1953 (hay versión española: *Historia del pensamiento económico, 1870-1929*, trad. de Enrique Fuentes Quintana, Madrid, Ed. Gredos, 1967), y el de J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, trad. de Carlos Villegas y Lucas Mantilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1971. En esta última obra el pensamiento económico es considerado en la perspectiva de la idea de ‘camino hacia la ciencia’. Para una refutación inteligente, véase R.L. Meek, *Economics and Ideology and Other Essays - Studies in the Development of Economic Thought*, Londres, Chapman & Hall, 1967.

co, ve en ellos un proceso de aproximación sucesiva, mediante prueba y error, a su magnífica condición de ciencia. Por lo tanto, no debe sorprendernos de que la mayoría de los cultores de la 'ciencia oficial' se sitúe en esta posición: camino hacia la ciencia (lo que siempre les levanta el ánimo para nuevos malabarismos).

Un camino paralelo consiste en imponer, como Samuelson, la primacía del principio de la verificación a aquellas construcciones neoclásicas que permiten formular teoremas con significado. Para que una generalización pueda llamarse científica, es indispensable su verificación, o sea, es indispensable que se someta a un control objetivo interpersonal. Esta posición toma en préstamo de la teoría de la ciencia toda una semántica de criterios de selección, prueba directa e indirecta, criterios de control de resultados, criterios de eliminación de errores de observación, etc. En líneas generales, a través de formalizaciones lógico-matemáticas, con vistas al auxilio posterior de la estadística matemática, esta posición intenta instaurar el reinado del principio de verificación. Por este camino, se insinúa una revalorización de la econometría, la cual, a pesar de estar avalada por uno de sus más ilustres cultores, no parece, sin embargo, encontrarse bien. "Debemos enfrentar el hecho de que los modelos que utilizan instrumentos y conceptos teóricos y estadísticos muy elaborados no han conseguido, en la mayoría de las pruebas disponibles, mucho más que las fórmulas más simples y mecánicas de extrapolación"; "no sabemos cuáles supuestos básicos acerca del comportamiento de unidades estratégicas de decisión son empíricamente pertinentes. Mientras no lo sepamos, la construcción de modelos será una rama de las matemáticas y de la lógica antes que un instrumento poderoso para una ciencia económica empírica."⁶²

Aquí se plantea una situación restrictiva. La economía pide a las matemáticas y a la lógica

⁶²T.C. Koopmans, *Three Essays on the State of Economic Science*, Nueva York McGraw-Hill Book Inc., 1957. La primera cita corresponde a la p. 212; la segunda a la p. 209, Koopmans menciona a otro ilustre economista, Tobin, quien se encuentra en su misma posición.

una vía hacia la verdad; éstas declaran que sin teoría económica no pueden alcanzarla. Sin embargo, esta restricción puede ser, y es, atenuada por la perspectiva siempre estimulante del 'camino hacia la ciencia'. Por triviales que sean los resultados obtenidos (del tipo 'el individuo prefiere más o menos'), por impotente que sea el reinado del principio de verificación en la ciencia económica, este camino tiene el sabor de un ritual tranquilizador. (Estamos verificando, siguiendo sus procedimientos, somos científicos; y es científico afirmar que se prefiere más o menos.)

Los caminos antes señalados tienen todos una doble deficiencia: no cumplen ninguna de las dos misiones propuestas a la 'ciencia oficial'. Los dos primeros afirman la primacía de la ideología; los dos segundos brindan resultados operativos muy escasos. Ocurre que, a medida que se desarrolla, el capitalismo se va tornando más impaciente: ¿Cuál es, al fin de cuentas, la respuesta que da mi pomposo empleado (la ciencia positiva oficial) a mis preguntas? Necesito de una operatividad eficiente dentro del sistema y de una ciencia que, con toda objetividad, demuestre que soy eterno.

Respuestas tales como 'soy ideología' o 'estoy comprobando y llegaré a ser ciencia positiva' no bastan. Sea objetiva, 'señora ciencia oficial', parece reclamar, cada vez con mayor insistencia, un capitalismo impaciente.

Exigida e incitada, la 'ciencia oficial' da un gran paso, que considero fundamental para la comprensión de su actual estado en relación a la teoría de la política económica. Veamos cuál fue.

En 1938, Hutchison, en su obra *The Significance and Basic Postulates of Economic Theory*, introdujo en la 'ciencia oficial' el criterio de verificación. Es necesario distinguir, en las ciencias empíricas, sus proposiciones pertinentes. "Todo enfoque científico de una ciencia empírica se caracteriza fundamentalmente por tratar de responder a determinados 'por qué' con determinadas pruebas. Las pruebas favorables y adversas de cualquier proposición valoran y ordenan su admisibilidad dentro del campo de la ciencia."⁶³ Vimos ya

⁶³Enrique Fuentes Quintana, "Una introducción", en

que Samuelson, en 1947, procuró con sus *Fundamentos* separar el trigo de la paja, delimitando el campo: el planteamiento de un problema no es científico si no puede ser refutado por los hechos. Sin embargo, la 'ciencia oficial' encontró dificultades para someter a prueba sus proposiciones. Blaug nos dice que "desgraciadamente, la mayoría de los teoremas que surgió no consiguió ser empíricamente significativa".⁶⁴ Es muy difícil verificar la validez descriptiva de las suposiciones de la 'ciencia oficial'. ¿De qué manera puede superarse el problema?

Friedman propone, en 1953, una salida brillante: "Considerada como un cuerpo de hipótesis sustantivas, la teoría ha de juzgarse por su poder de predicción respecto de la clase de fenómenos que intenta 'explicar' "⁶⁵ (Fiat lux). Blaug subraya: "La teoría económica, desde los tiempos de Adam Smith, consistió en un cotejo de suposiciones 'a priori' y generalizaciones empíricas empleadas en la producción de teorías o hipótesis que proporcionan predicciones sobre acontecimientos en el mundo real. Por mucho que en los supuestos estuviesen implícitas variables no observables, las deducciones finales siempre se referirán a variables observables, ya que los economistas siempre quisieron 'explicar', en el sentido de predecir, los fenómenos económicos tal como realmente ocurren. En otras palabras, los economistas siempre consideraron su tema de estudio como ciencia en el sentido moderno de la palabra".⁶⁶

Es necesario aclarar el sentido de 'predicción'. "La estructura de la predicción científica es la de una declaración condicionada, de modo que, si tales hechos ocurren, se predice que se seguirán tales otros ... debe diferenciarse la predicción de la descripción y de la profecía."⁶⁷ Sin embargo, subsiste una ambigüedad, que el propio Friedman reconoció en su ensayo metodológico: la afirmación de que no importa en

qué grado las premisas estén desligadas de la realidad. Seligman resume el problema: "La validez de una hipótesis, de acuerdo con la discusión de Friedman, debe solamente ser juzgada según sus poderes predictivos. Recíprocamente, si una predicción no era contradicha por los subsiguientes acontecimientos, la hipótesis inicial quedaba como claramente aceptable. Esto es, la verificación directa resultaba esencial. Así, en teoría económica, se convertía en irrelevante cualquier consideración acerca del 'realismo' de unas suposiciones dadas. El argumento era realmente ingenioso; no había necesidad de analizar las suposiciones dadas porque cualquier teoría es una abstracción de una realidad compleja, y está apartada de las condiciones reales, tanto en el presente como en el futuro."⁶⁸

La proposición antes esbozada recibe un poderoso apoyo metodológico de la doctrina neopositivista de la verificación, propuesta por el profesor Popper en su obra *The Logic of Scientific Discovery*. Para distinguir las proposiciones científicas de las no científicas, Popper plantea la prueba de la posibilidad de comprobar su falsedad. Supone la existencia de una asimetría que procede de la forma lógica de los enunciados universales que, como no son derivables de enunciados singulares, pueden, sin embargo, ser contradichos por los enunciados singulares; afirma Popper que la proposición científica es refutable (puede demostrarse su falsedad), o mejor dicho, que puede concebirse la posibilidad de que sea refutable (o que puede demostrarse su falsedad). La proposición no científica, puesto que no explica nada, se hace muy probable. Por consiguiente, la ciencia no consiste en una colección de observaciones de las cuales se extraen por inferencia leyes e hipótesis, sino en el examen crítico de hipótesis destinadas a eliminar las que conducen a conclusiones falsas. La ciencia no consiste solamente en la confirmación de hipótesis, sino en la acumulación de pruebas para juzgar si las hipótesis son refutables. Un sistema científico debe ser susceptible de ser refutado por la experiencia.

T.W. Hutchison, *Historia del pensamiento económico, 1870-1929*, op. cit., pp. X-XI.

⁶⁴Véase la cita en este texto.

⁶⁵M. Friedman, *Ensayos de economía positiva*, op. cit., p. 14.

⁶⁶M. Blaug, op. cit., p. 882.

⁶⁷Enrique Fuentes Quintana, op. cit., p. XI.

⁶⁸B.B. Seligman, op. cit., p. 808. (Se introdujeron algunos cambios en la traducción española.)

El grado de difusión de la propuesta de Popper puede comprobarse recurriendo a los manuales de análisis económico. Por ejemplo, G. Ackley, autor de un manual consagrado, dice lo siguiente: "el teórico económico tiene que decidir primero sobre qué bases considera plausible a un modelo..., si el modelo es susceptible de pruebas estadísticas (y no todos los modelos lo son), el estadístico puede decir si es necesario rechazarlo. No obstante, no puede 'probar' jamás que es 'la' teoría correcta ... Las otras bases que para un teórico determinan la plausibilidad (de un modelo) presumiblemente son su compatibilidad con postulados *a priori*. En último análisis, estos postulados son, o bien la destilación de otras pruebas u observaciones empíricas, a menudo casuales en vez de sistemáticas, o deducidas del supuesto del 'comportamiento racional' y así reflejo tácito de una observación empírica (más casual que científica) de que los hombres se comportan 'racionalmente', por lo menos en ciertas esferas".⁶⁹

En una obra posterior, Friedman aclara el doble sentido de la teoría, que pone en claro la ambigüedad a la que antes se hizo referencia: "La teoría económica, como toda teoría, puede interpretarse de dos maneras: como idioma o sistema de clasificación, o como una serie de proposiciones sustantivas con contenido empírico. Si se acepta la teoría como idioma, lo pertinente es su utilidad, y no su verdad o falsedad. (...) La teoría económica como sistema de proposiciones sustantivas contiene afirmaciones que, en principio, pueden someterse a prueba, pues pretenden ser predicciones. La definición de la curva de demanda es teoría en el sentido del idioma. Sin embargo, afirmar que la curva de demanda tiene una inclinación negativa es teoría como proposición sustantiva de contenido empírico. Esta tiene consecuencias empíricas observables, mientras que la definición de curva de demanda no las tiene".⁷⁰

Premisas desligadas de la realidad y no verificables, teoría como idioma o sistema de

clasificación, todo ello (esta ambigüedad) resulta poco halagador para la teoría como apolo-gética. Es claro que existe una compensación: todo esto es muy útil operacionalmente o, por lo menos, puede serlo. Para eliminar la ambigüedad hace falta un paso.

Para ello, escuchemos a Papandreou: Actualmente, nadie puede dudar del desenlace de este debate. El punto de vista del 'realismo de los supuestos' ha cedido su lugar al criterio de 'poder de predicción'. De acuerdo con este último, una teoría tiene sentido cuando puede ser refutada mediante referencia a datos empíricos. O para decirlo más correctamente, las hipótesis que en la teoría figuran como teoremas deben, en principio, poder refutarse mediante la referencia a la evidencia empírica. Si las predicciones contenidas en las hipótesis no son contradichas por la evidencia empírica, pueden ser adoptadas por el teórico, aun cuando en forma tentativa, pues siempre pueden ser desmentidas por nueva evidencia empírica. Constituye una costumbre el calificar dichos teoremas o hipótesis de operativamente significativos.⁷¹

Y ahora llegamos al paso final. Papandreou nos enseña que los economistas teóricos se dedican principalmente a construir modelos, no teorías. Y los modelos se diferencian de las teorías en un aspecto importante; en los primeros, la clase de fenómenos cuya explicación buscamos —el ámbito social pertinente— no está caracterizada adecuadamente; en una teoría sí lo está. Una consecuencia interesante de este hecho es que las hipótesis que se presentan en modelos sólo pueden ser confirmadas refiriéndolas a la evidencia empírica; pero nunca pueden ser refutadas por ella.⁷²

Detengámonos. Atención a lo que acabamos de escuchar: el criterio científico es el poder de predicción. Debemos cotejar las conclusiones del modelo, y no sus hipótesis, con la realidad: "Una teoría no puede verificarse comparando 'directamente' sus 'supuestos' con la realidad".⁷³ El corolario de la

⁶⁹C. Ackley, *op. cit.*, pp. 358-359.

⁷⁰M. Friedman, *Teoría de los precios - Apuntes para un curso en la Universidad de Chicago*, trad. de José Vergara y José Vergara L. de San Román, Alianza Editorial, Madrid, 1966, p. 16.

⁷¹Véase A. G. Papandreou, *Economics as a Science*, Nueva York, J. B. Lippincott Company, 1958, pp. 6-7.

⁷²Véase *Ibidem*, pp. 8-9.

⁷³M. Friedman, *Ensayos de economía positiva*, *op. cit.*, p. 42.

posición es "en un modelo, la clase de fenómenos cuya explicación buscamos ... no está caracterizado adecuadamente. Luego, las hipótesis que se presentan en modelos pueden confirmarse mediante verificación empírica, aunque la misma evidencia no sirve para refutarlas". En resumen: todo modelo, cualquiera que sea, sirve o puede servir desde el momento en que la evidencia empírica —sea cuando sea— lo confirme.

Todo lo que escuchemos lleva a una primera lectura. El apriorismo tradicional de la apologética neoclásica fue rechazado y la 'ciencia oficial' se propone realizar una radical expurgación, tomando como opción la operatoria con modelos verificables, de acuerdo con el criterio de la predicción condicionada (la realidad sería lo inmediatamente verificable).

Se habría dado un gran paso hacia la 'caja negra' de los instrumentos teóricos o caja de modelos. Tomemos los modelos como herramientas de un carpintero. El carpintero (economista) dispone de cepillos, sierras, púas, martillos, formones, etc. (modelos). Según lo encargado, el carpintero (economista) hará la obra —silla, mesa, mostrador—, de madera blanca o de jacarandá, en obra lisa o tallada, en la oficina o en la casa del cliente. Según sea el encargo, empleará sus herramientas (modelos): para aserrar, la sierra; para agujerear, la púa; para martillar, el martillo; para madera dura, serrucho fino; para madera blanda, serrucho largo; para volutas, gubia especial. Si la herramienta (modelo) no sirve para la tarea o para la madera (exigencia político-económica específica), el carpintero emplea otra herramienta (otro modelo). Con alguna o algunas herramientas (modelo) realizará la tarea (político-económica). No existe herramienta mala; cada tarea requiere su herramienta. Sin embargo, ningún carpintero se desprende de las herramientas que intentó utilizar (modelos) y que no sirvieron para una determinada tarea (político-económica), pues con espíritu previsor, sabe que por cierto las herramientas pueden servir para otra tarea. Por eso, el carpintero (el economista) las deposita cuidadosamente de vuelta en la caja (caja de instrumentos teóricos). El economista, como el carpintero, con su caja de modelos, los pone a prueba frente a la evidencia empírica, sirviéndose de ellos

cuando la comprobación resulta positiva, o depositándolos de nuevo en la 'caja negra' en caso contrario, pues podrá tal vez utilizarlos en otra coyuntura (otra prueba empírica). Aquí está la ciencia. Dice Braithwaite: "Una teoría científica es un sistema deductivo en el cual ciertas consecuencias observables se siguen de la conjunción de hechos observados con la serie de hipótesis fundamentales del sistema".⁷⁴ Esto, para las ciencias naturales; para las ciencias sociales, modelos y, en vez del sistema teórico general, una 'caja negra' de modelos.

Se perdió la ilusión. El economista de la 'ciencia oficial' es un carpintero. Sin embargo, no falta una palabra de consuelo. Dice Milikan, después de un ciclo de conferencias donde denuncia las limitaciones de la economía del bienestar, declara su neoclasicismo y reconoce la necesidad y las limitaciones de los modelos generales y parciales: "Pero yo aprobaría la construcción de un gran número de modelos simplificados de caminos de desarrollo económico, con el objeto de ilustrar las consecuencias sociales de las diferentes alternativas de sistemas de valores en relación a bienes intermedios, producción y organización de la economía. La finalidad de esos modelos no sería, primordialmente, la de orientar la política de gobierno, sino la de estimular al mayor número posible de individuos a reconsiderar sus metas, sus valores y sus objetivos a la luz de una evaluación más realista de todas sus consecuencias".⁷⁵ Esta hermosa oración de modestia, recuerda a los renuentes a ser carpinteros que en la 'caja negra' está su papel en el mundo. Tal vez Milikan recordaba que el padre del Salvador de la Humanidad fue carpintero, y que ésta podría ser una magnífica misión.

Sí, porque en la lectura que estamos realizando, 'hacer teoría' llegó a ser extremadamente difícil. Ackley, comentando la función de consumo keynesiana, mostró la dificultad: "Dada una base empírica o teórica para aseverar algo acerca de nuestra propensión margi-

⁷⁴R.B. Braithwaite, *Scientific Explanation*, 1953, p. 22.

⁷⁵M. Millikan, "A teoria económica do bem-estar e o desenvolvimento económico", en *Revista Brasileira de Economia*, Rio de Janeiro, año XII, N.º 4, diciembre de 1958, p. 75.

nal, tenemos una hipótesis útil que, si se muestra que es válida por la experiencia repetida, podría alcanzar la dignidad de ser llamada teoría, o hasta 'ley'. Pero para que una hipótesis, teoría o ley sea útil (es decir, diferente a una tautología), tiene que poder demostrarse que es errónea. Una que tenga que ser verdadera siempre, por definición, es peor que inútil: peor porque puede hacernos la ilusión de pensar que sabemos algo cuando en realidad no es así".⁷⁶

O bien entonces (y es ésta una segunda lectura de la labor metodológica) el discurso Friedman-Papandreou hizo que teorizar fuese algo muy fácil. En verdad, el corte semántico entre teoría y modelo de Papandreou crea la facilidad. Si no, veamos: el modelo puede refutarse —incluso necesita ser refutable para no ser tautológico—; y puede ser construido con distintas premisas teóricas, cualesquiera que éstas sean. El que está a prueba, y debe dar testimonio de su poder de predicción condicional, es el modelo y no la teoría. Además, no es necesario eliminar el modelo; podría servir en alguna otra oportunidad.

Este paso crea un inmenso grado de libertad para la teoría. Su suerte científica no depende ya de pruebas destinadas a verificar las premisas; este problema corresponde al modelo. El modelo protege la teoría. La distinción de Papandreou no disminuye la teoría; por el contrario, potencial e indirectamente, la dignifica. El modelo es sólo herramienta; sirve para operar. ¿Y la teoría? Respuesta: sirve para la apologética. La teoría fue preservada porque ahora se encuentra desconectada del incómodo nivel de las apariencias.

La lectura hecha por Ackley sugiere una imposibilidad de teoría. Otra completamente diferente es la lectura de la escuela de Chicago: Knight, Winer, Stigler, Simon, Friedman, y otros, que son los líderes americanos del neotradicionalismo. Escuchemos a Seligman hablando de Knight: "Siempre hubo una dualidad especial en sus escritos; por un lado, la teoría económica era una disciplina pura, concerniente a las inferencias derivadas de una cierta cantidad de definiciones *a priori* y, por lo

tanto, exenta de historia y de implicaciones normativas, mientras que, por el otro lado, el comportamiento económico estaba condicionado por la costumbre, las instituciones y el marco legal. Las dos posiciones nunca coincidieron ... y ésta fue la característica dominante de todo el sistema de ideas de Knight".⁷⁷ (Teoría: *a priori*; comportamiento: lo verificado.) Esta es una gran fórmula. Friedman/Papandreou, con el corte entre teoría y modelo, pueden de verdad proponer cualquier premisa *a priori* (nivel teórico no verificable) y operar con cualquier modelo sujeto al poder de predicción condicionada (nivel operativo verificable). Teoría como apología no verificable (eterna); operación con modelos (construcciones menores, sustituibles y ajustables).

Luego, en la 'caja negra' del economista-carpintero también hay lugar para premisas apologéticas no verificables. Y la escuela de Chicago atiborró la 'caja negra'. "La mejor teoría económica será aquella que menos interfiera en el mundo económico donde vivimos (con sus costumbres, instituciones y marco legal)", dice Chamberlin: para la caja negra.⁷⁸ Cada familia tiene una reserva de capital (que incluye su capacidad de trabajo), desarrollando, según Friedman, la hipótesis de la renta permanente: para la 'caja negra'; Savage y Friedman, utilizando la teoría de los juegos de Morgenstern/Neumann, a partir del problema de la elección con utilidad/riesgo, llegan a la conclusión de que la utilidad marginal decrece según la clase de renta, aunque aumenta cuando la unidad familiar sube en la pirámide social: para la 'caja negra', etc.

Ahora el ingenio teórico-apologético tiene las manos libres del nivel de apariencia. Teoría es apología; apología es teoría. Es posible, ahora, reservar la dignidad de teoría para la hipótesis de la perfecta competencia en todos los mercados. Todo lo que el neoclasicismo presentó inicialmente como proposición relativa a la naturaleza del hombre es ahora un componente teórico de un sistema de ideas o de clasificación. "El hombre económico se

⁷⁷B. Seligman, *op. cit.*, p. 776.

⁷⁸E.H. Chamberlin, *Towards a More General Theory of Value*, Nueva York, 1957, p. 298.

⁷⁶G. Ackley, *op. cit.*, p. 334.

presenta en un mismo nivel epistemológico que los electrones de la moderna física nuclear.⁷⁹ La teoría y la ideología expuestas como premisas no verificables con mensaje subliminal no son importantes. (Aunque si se repite hasta la saciedad, luego, sí es importante.) Lowe concluye, maliciosamente, que "...no se puede dejar de simpatizar con la conclusión del profesor Von Mises de que la ciencia del mercado necesita ser tratada como un producto de la razón pura, puesto que sus teoremas no están sujetos a verificación o negación basadas en la experiencia".⁸⁰

Y el patrón, ¿qué dice de esta 'caja negra'? Sospecho que no está satisfecho. En primer lugar, porque la economía se 'pasó de la raya' y estaría renunciando a cumplir su función —su doble función— apologética y operativa con el ropaje de la objetividad científica derivada de una teoría general comprobada; en segundo lugar, porque la principal herramienta del economista de la 'caja negra', la econometría, que está dispensada de la verificación de la apología, no ha proporcionado una eficaz operación dentro del sistema. Escuchemos a Lowe, en desacuerdo con Wiener: "Contrariamente a lo que opina la crítica fácil, el punto flaco de la econometría no es la técnica estadística por la cual más se la conoce. Lo que se presenta como fuente de inconvenientes es la teoría que le sirve de base, formalizada en las llamadas 'ecuaciones estructurales' y, sobre todo, en las ecuaciones de comportamiento de los modelos. Generalmente, estas ecuaciones formalizan los mismos patrones rígidos de comportamiento y las mismas hipótesis motivacionales supersimplificadas que caracterizan la teorización tradicional en general, y por la propia naturaleza del caso, no podría ser de otra forma. ¿Cómo sería posible inferir determinados macroestados a partir de determinadas micropremisas, si no fuera postulando ciertas directrices universales para acciones y expectativas también universales? Más aún, el trabajo de computación impone serias limitaciones a la forma matemática de las proposiciones críticas,

y no debería sorprender el hecho de que las hipótesis básicas que determinan, entre otras cosas, los indicadores decisivos de las ecuaciones estratégicas difieran poco de la sabiduría convencional incorporada en la clásica ley de la oferta y la demanda".⁸¹

Así, el patrón puede estar descubriendo que la 'caja negra' desvistió un santo sin vestir a otro. Con el fin de disociar una apologética de una operatividad dentro del sistema, la 'ciencia oficial', en verdad, está pasando gato por liebre a los viejos axiomas neoclásicos en las ecuaciones de comportamiento de la econometría. Y, al disociar la teoría de los modelos, está dejando de cumplir su función de ideología-apologética del *statu quo*, dejando la ideología demasiado al descubierto. Esa hipótesis (de que el patrón no está satisfecho) se fundamenta en un resurgimiento de la economía del bienestar: ¿qué sería la neo-nueva economía del bienestar? La posición de la 'caja negra' era categórica en cuanto a su valor: "La economía del bienestar, es decir, una economía no positiva, queda completamente excluida de la discusión", según Papandreou,⁸² quien dice además que la "discusión se limita a construcciones científicas que incluyen sistemas de proposiciones o afirmaciones".⁸³

La 'caja negra', satisfecha con el malabarismo, parece haberse olvidado de la prudencia de Milikan (que tan útil le fue en su carrera), ya que el análisis económico es, en sentido amplio, un análisis del bienestar social que directa o indirectamente se destina a aclarar cuestiones de política económica. Graaf, hablando en nombre de la neo-nueva economía del bienestar (la de las fronteras de subóptimos), levanta la bandera e intenta 'pasar por encima' mostrando 'su dificultad' (la de la neo-nueva): "En efecto, mientras en la economía positiva el medio normal de verificar una teoría consiste en verificar sus conclusiones, la forma en que normalmente se verifican los postulados del bienestar consiste en la verificación de los supuestos. Conviene interpretar en todo su alcance esta diferencia. En la economía positiva, a menudo es posible simplificar los su-

⁷⁹C.J. Stigler, *The Theory of Price*, Nueva York, Macmillan Co., 1946, p. 148.

⁸⁰Véase A. Lowe, *op. cit.*, p. 44.

⁸¹*Ibidem*, p. 56.

⁸²A. Papandreou, *op. cit.*, p. vii.

⁸³*Ibidem*, p. vi.

puestos tan bizarramente como se desee, confiando en que su acierto se probará cuando llegue el momento de aplicar las conclusiones implícitas a la observación del mundo circundante. Esta confianza no se justifica, por otra parte, en la economía del bienestar, cuyos supuestos deben examinarse con el mayor de los cuidados. Cada uno tiene que sostenerse aquí por sí mismo. No podemos permitirnos simplificar demasiado, ni esperar que dos supuestos erróneos se neutralicen recíprocamente, si queremos construir una conclusión aceptable y, sin embargo, esos procedimientos son tan comunes como esenciales en la economía positiva; aquí la excelencia del pastel se conoce al comerlo, pero ¡el pastel del bienestar es de tan difícil paladeo, que debemos probar cada ingrediente antes de cocinarlo!⁸⁴

Adoptando la imagen del cocinero —el patrón parece haber comido el pastel de la 'caja negra', y no le gustó—, la neo-nueva pide tiempo para probar los ingredientes. Y la historia continúa; el patrón no morirá de hambre.

Hemos examinado sumariamente tres posiciones relativas a la teoría de la política económica. En lo que denominamos la ingenua trasposición robbinsiana, la teoría se centraría en la articulación entre fines y medios. La posición neopositivista, mediante un gigantesco esfuerzo escolástico, buscó formular, dentro de sus propios límites, el conjunto de fines y de medios. La pobreza de sus resultados y la presión de la realidad llevó a la tercera posición, la de la 'caja negra', donde se hace un corte entre teoría y modelo. Distanciémonos de estas tres posiciones, apartémonos de la controversia activa y a veces cruel entre iguales, para aislar elementos de su denominador común.

A nuestro juicio, para la concepción político-económica, el elemento más importante consiste en una visión unilateral del Estado como sujeto de la política económica. En verdad, ven las relaciones entre Estado y sociedad en una sola dirección: el Estado como sujeto y la Sociedad como objeto. Prevalce la idea de la ciencia que presta un servicio

al Estado: como apoyo para los medios (robbinsianos); como indicación científica acerca de fines y medios (teóricos del bienestar), y mediante el suministro de modelos probados ('caja negra'). Disponiendo de los servicios científicos, el Estado podría generar el comportamiento económico de la sociedad o hacer posible que ésta genere el comportamiento económico en la forma y con el desempeño que éste (el Estado) considere convenientes. Ninguna de las posiciones coloca al Estado en una perspectiva intrasocial, viéndolo como un ente-objeto dentro del proceso político-económico. Es cierto que, en tantísimas páginas como se han escrito, hay ciertas referencias que contradicen esta perspectiva. Algunos autores llaman la atención sobre las costumbres, los intereses, las instituciones; otros hablan explícitamente de grupos de presión: relaciones de poder extraeconómicas, etc... Sin embargo, estas referencias —que en muchos autores no existen— se encuentran siempre adyacentes a la teoría de la política económica, puesto que la concepción político-económica no incorpora las restricciones a la acción del Estado que provienen de su presencia dentro del tejido social. El corolario de esta posición consiste en una olímpica despreocupación en lo que se refiere al problema de la viabilidad socio-política de las recomendaciones político-económicas.

El otro elemento básico es la perspectiva neoclásica que apoya la articulación de las tres posiciones. La posición de Robbins es la neoclásica tradicional; los grandes nombres del bienestar son neoclásicos; los partidarios de la escuela de Chicago, constructores de la 'caja negra', son neoclásicos. La teoría de política económica que emana de sus construcciones es, en último término y dejando de lado las filigranas, la de la perfectibilidad teórica y práctica de una economía organizada bajo los supuestos de competencia perfecta en todos los mercados, donde los agentes microeconómicos se guían por el 'principio del extremo', para utilizar la expresión de Lowe. La forma mediante la cual la visión neoclásica se traslada a la teoría de la política económica varía, como vimos, de acuerdo a la posición. Para Robbins, se encuentra en el buen sentido en que se funda su radical apriorismo; para los teóricos

⁸⁴J. de V. Graaf, *op. cit.*, p. 3.

del bienestar, en las premisas del comportamiento de los agentes considerados para el montaje de su sistema de ecuaciones y en los criterios de identificación del óptimo; para los de la 'caja negra', está en el ingenio de las premisas de los modelos y en la dignidad que mantiene la teoría en cuanto teoría.

Finalmente, cabría mostrar que los discursos de las tres posiciones presentan 'fracturas' internas. Robbins no pensó en las transposiciones que transformaron su esquema en una praxiología del modesto operador de cualquier sistema; los neoclásicos del bienestar se irritan ante el socialismo marginalista y el reformismo

radical, que pueden derivarse discursivamente de sus construcciones; los de la 'caja negra' por cierto que se asustan como los post-keynesianos de diverso tipo, al hacer modelos para un Estado agigantado. Lo más curioso del esfuerzo de la teoría de la política económica neoclásica consiste en este efecto de *boomerang* de sus construcciones. Siempre alguien da vuelta la fórmula encontrada para ponerla al servicio de concepciones político-económicas que chocan con la visión liberal. Y lo más irónico es que este 'alguien' es con frecuencia un tráfugo académico que recibió una formación neoclásica típica.